



Universidad del Salvador

Doctorado en Ciencias Políticas.

Paz en la tormenta.

**La “Nueva Argentina” justicialista: Representación
del pasado y visión del mundo.**



**Elementos de la Tercera Posición en la *Revista Hechos e Ideas*,
durante el primer ciclo del Peronismo Clásico (1947-1951).**

Autor: Fabián Lavallén Ranea

Directora: Dra. Mariana Paola Colotta.

Mayo de 2014.

Resumen.

Se evidencian rasgos fundamentales del *tercerismo justicialista*, en una serie de trabajos (artículos, papers, ensayos, discursos, etc) publicados en la *Revista Hechos e Ideas* -durante el primer ciclo del peronismo clásico- los cuales, están orientados a modificar la *visión del pasado*, la interpretación del presente, y el rol de la Argentina en el mundo, constituyéndose un marco referencial anti-hegemónico, que implica una insubordinación ideológica al orden global. Pueden registrarse los elementos doctrinarios y teóricos de dicha transformación, (puntualmente de la modificación sustancial de lo que implica la *memoria colectiva*, lo que significa la *Defensa Nacional*, y *el rol de las Fuerzas Armadas*), tomando como *corpus de análisis* una muestra de cincuenta artículos de la *Revista Hechos e Ideas*, publicados entre los años 1947 – 1951. El ciclo iniciado en el mismo año que comienza a editarse la revista (1947), no sólo es el “inicio formal” de la Guerra Fría, que sino también en donde el régimen justicialista construye gran parte de sus apuntalamientos simbólicos. Desde esa fecha, hasta aproximadamente comienzos de la década siguiente (1950-1951), se produce a lo largo de cinco años la *gestación teórica del dogma justicialista* en clave tercerista, absorbiéndose elementos del catolicismo conservador, el *forjismo*, del laborismo, de la izquierda socialista, del radicalismo personalista, del revisionismo, e incluso de la doctrina social de la Iglesia, elementos que ya eran parte del ideario político en formación de Juan Perón, pero que ahora se sistematizan y estructuran oficialmente en torno a la *tercera posición*. La idea que la Argentina debe ocupar un rol de relevancia en el Orden Mundial de posguerra, como así también el *momento axial* que implica el peronismo para la historia nacional, se constituyen en estímulos innegables de la “insubordinación ideológica” propuesta por el régimen, y por ende, en ejes clave del carácter anti-sistémico que adquirirá el justicialismo en la perspectiva del *sistema mundo* de aquellos años.

Áreas temáticas.

Sociología de la Cultura, Historia intelectual argentina, Filosofía Política, Ciencias Políticas, Políticas de Defensa, Teoría de las Relaciones Internacionales.

Paz en la tormenta: Representación que implica la cosmovisión imperante durante el Peronismo Clásico (1946-1955) que en los “ años turbulentos” de la posguerra mundial y consolidación de la Guerra Fría (1947) la Argentina se encontraba en circunstancias de paz, armonía y superación de los conflictos, anclados en el *tercerismo justicialista*.

Resumen.

Áreas temáticas.

Índice general.

1. Introducción.

1. 1. Definición, fundamentación y alcances del tema.

1. 2. Objetivos.

1. 2. A. General.

1. 2. B. Específicos.

1. 3. Estrategia metodológica.

2. Marco teórico y estado del arte.

2. 1. Peronismo, cultura e intelectuales.

2. 1. 1. Intelectuales e *intelligentzia*.

2. 1. 2. La cultura y los intelectuales en el Peronismo.

2. 1. 3. Perón como “militar intelectual”: la *conducción* y la *pedagogía política*.

2. 2. Revistas, lectores y utopías sociales.

2. 3. La Tercera Posición.

2. 3. 1. El discurso al Mundo de 1947.

2. 3. 2. Las dimensiones del *tercerismo*.

2. 3. 2. 1. El “nuevo orden” justicialista. La construcción del pasado y el futuro:
de una “memoria colectiva” a la utopía social justicialista.

2. 3. 3. 2. *La Defensa Nacional y la redefinición de las Fuerzas Armadas*.

**2. 4. El sistema mundo, imaginario y representaciones en la conformación
de la Guerra Fría (1947).**

2. 4. 1. Albores del cambio histórico. Modificaciones estructurales y *transición
epistémica*: los esquemas mentales y representaciones colectivas en crisis.

2. 4. 2. La insubordinación ideológica.

3. Metodología.

3. 1. Estrategia metodológica y diseño de investigación.

3. 1. 1. El análisis documental como técnica de recolección de datos.

3. 2. Fuentes de datos y selección de unidades de análisis.

3. 2. 1. Selección de artículos y diseño muestral.

3. 3. Supuestos de trabajo.

4. La Revista *Hechos e Ideas*.

4. 1. Origen, etapas y escritores.

5. Interpretación del Relato y la visión del Mundo: del *Logos* al *Renacer*.

5. 1. Memoria, Historicismo y doctrina: el nuevo orden justicialista.

5. 1. 1. Lo que tenemos que decir.

5. 1. 2. El *héroe descamisado* de las mil caras.

5. 1. 3. *Abismos en el Cielo*: Crisis espiritual en la Edad Oscura Argentina.

5. 1. 4. El “*Renacer*” justicialista.

5. 1. 5. Revisando los mitos ante la nueva Constitución: del Martín Fierro a la “restauración”.

5. 1. 6. Los *senderos del alma*: las etapas de la Revolución Argentina en mirada retrospectiva.

5. 1. 7. *El hijo del viento*: Perón ante los filósofos.

5. 1. 8. *Bienvenidos al Show*: El quijotismo justicialista.

5. 1. 9. *Surcando caminos*: San Martín como modelo integral.

5. 2. La Política de Defensa y la visión del Mundo.

5. 2. 1. Una *generación mutante*: la visión peroniana del Universo.
5. 2. 2. *Tempestades*: características del nuevo orden.
5. 2. 3. Las Fuerzas Armadas: “nervadura orgánica” de la Patria, y
“voluntad del estado”.
5. 2. 4. *A través de los tiempos*: La organización vence al tiempo y
la “coordinación” al caos.
5. 2. 5. *Como relámpago en la oscuridad*: Estableciendo presencia mundial y
recuperando el patrimonio.
5. 2. 6. *La industria del Poder*.
5. 2. 7. *Tercer acto*: El tercerismo como forma de vida.
5. 2. 8. La planificación y el poder blando (soft power) como resguardo
ante la incertidumbre global.
5. 2. 9. *Plan mundial para la destrucción*: Crisis, conspiración y acecho.

6. Conclusiones: el Peronismo como Era Dorada.

6. 1. De “*un mañana bajo tierra*” a la Tierra Prometida.
6. 2. La *patria al hombro*: alterando paradigmas globales.
6. 3. “*Piedra libre*” a la realidad.
6. 4. “*Yo traigo la semilla*”: el nacimiento de un *marco referencial múltiple*.

7. Bibliografía.

7. 1. Bibliografía general.
7. 2. Bibliografía metodológica.

8. Anexos.

8. 1. Índice completo de la Revista Hechos e Ideas durante el Peronismo Clásico (1947-1955).
8. 2. Clasificación en dimensiones generales de los artículos de la *Revista Hechos e Ideas* durante el período analizado (1947-1951).
8. 3. Índice de Ilustraciones.
8. 4. Discursos de Perón citados por Berraz Montyn en la conformación doctrinaria de cada una de las 20 verdades justicialistas.
8. 5. Encíclicas y documentos de la Iglesia citados por Berraz Montyn como fundamento de cada una de las 20 verdades justicialistas.
8. 6. Verdades citadas por otras verdades.
8. 7. Discurso de Juan Perón el 17 de octubre de 1945.
8. 8. Homenaje del Gral. Perón a Don Miguel de Cervantes
8. 9. Discurso del General Juan Domingo Perón ante la Asamblea Constituyente Reformadora. 27 de enero de 1949



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

"Una revolución como la nuestra debe abarcar todos los órdenes de la sociedad, de la Nación, integralmente, para cumplir sus objetivos precisos".

Juan Perón. Conferencia sobre "Política Alimentaria Argentina".
(29 de abril de 1949).

"Cumpliendo un sueño de niño estoy, cantando el nombre de Juan Perón. Pues de mi tierra fue benefactor. Y no seré yo quien lo olvide."

Ricardo Iorio. Almafuerte, "Orgullo argentino".



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR



© Matias Garabedian 2008

USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

Ilustración 1.

Dedicatoria.

A mi Directora de Tesis, colega y amiga, Mariana Colotta.

A mi amor, Melina.

Al Ángel que hace nueve años me acompaña en rol de hija, Catalina Luna.

Al Barrio de Balvanera, y por supuesto, al Zorzal.



**USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR**

1. Introducción.

1. 1. Definición, fundamentación y alcances del tema.

La revista *Hechos e Ideas* fue una importante publicación de Ciencias Sociales que desarrollo varios períodos de edición a lo largo de la historia argentina. Comenzó siendo una “revista radical” –como se enunciaba en el subtítulo– que se publicó entre 1935 y 1941, cuando dejó de aparecer después de 41 entregas. En agosto de 1947, ya en el campo del peronismo, presentó su número 42; hasta junio-julio de 1955, y con una frecuencia mensual casi permanente, ofreció 93 números. Posteriormente volverá a intentarse el emprendimiento, en los años setenta, a cargo de Amelia Podeti (1974). Por último, durante el menemato, en los años noventa, cuando sea relanzada por Ana María Aimetta de Colotti, tendrá un nuevo intento de relanzamiento (1997) con un formato más al estilo de Revista académica, contando con un consejo asesor integrado por Fermín Chávez, Julián Licastro, Abel Posse y Graciela Maturo. *La Revista* por lo tanto, tiene dos épocas clásicas, la *época radical* (1935-1941), y la *época peronista* (1947-1955), más allá de los intentos más contemporáneos de relanzamiento.

En lo que hace al período peronista clásico, al cual nos dedicaremos, dicha publicación no sólo es crucial para reinterpretar y revisar el supuesto que la academia argentina ha mantenido durante años sobre la no existencia de debates y ambientes intelectuales durante el primer peronismo, ya que el itinerario de temas abordados por la revista, la multiplicidad de perspectivas, el número de autores, el abanico de disciplinas, y el renombre de los intelectuales, nos obligan a re-escribir la imagen que podemos tener hasta el momento sobre lo que puede considerarse “intelectualidad” por aquellos años, sino que también, permite identificar una serie de elementos vitales de la *Tercera Posición* peroniana que posteriormente serán sistematizados en la literatura doctrinaria del régimen, y que por ende, podemos ver en génesis a través de esta Revista.

Desde quien podría considerarse como el “fundador” empírico de la disciplina de las Relaciones Internacionales, Hans Morgentau, hasta Carl Schmitt, pasando por Homero Manzi, el historiador español Sánchez Albornoz, o Hans Kelsen, son muchos los filósofos, historiadores, juristas, economistas y hasta poetas que publicaron artículos en esta Revista durante el período justicialista.

En nuestro caso, puntualmente recorreremos lo que denominamos **el primer ciclo peronista de la Revista *Hechos e Ideas* (1947-1951)**, diferenciándolo de un segundo proceso (1951-1955), atravesados por una “bisagra” o coyuntura (el año 1951) en la unidad histórica que el implica el Peronismo, que también se expresa en la publicación. Como veremos más adelante, ese año es de cambios fundamentales en la historia del régimen, e implica notables cambios en el campo que nos ocupa, el rol de los intelectuales, el adoctrinamiento, la visión del mundo y el alineamiento exterior de la república.

De ese “primer ciclo peronista” de la *Revista Hechos e Ideas* (1947-1951), destacamos los artículos que hacen referencia al “embrionamiento paradigmático” de la Tercera Posición, puntualmente en las dimensiones de: a.-*La Memoria y Doctrina* (es decir, a aquellos escritos o discursos vinculados al relato historicista y al encuadramiento doctrinario), y: b.- *Las políticas de Defensa y la visión geopolítica del Mundo*.

En estudios anteriores ya hemos analizado el accionar transformador del Peronismo Clásico desde diversos ángulos. Comenzamos hace unos años analizando el *sistema de propaganda* en los medios gráficos,¹ el análisis de diversos proyectos culturales “populares”,^{2 3} la enunciación de la política exterior,⁴ y últimamente el impulso de comisiones y proyectos editoriales.⁵ Asimismo, ya hemos incursionado en la mirada sobre el sistema militar de aquellos años, y el pensamiento estratégico de Juan Domingo Perón.⁶

En la presente investigación entonces, buscamos dar cuenta de la emergencia teórica de rasgos fundamentales de la Doctrina justicialista como marco referencial del

¹ Una primera aproximación al tema lo publicamos en: Lavallén Ranea, Fabián: *Representaciones Sociales del Peronismo. Apuntes y aproximaciones sobre el período clásico* (1946-1955). Cuadernos de Ciencia Política. Año 2. Número 2. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad del Salvador. Buenos Aires, 2009.

² Una síntesis de ese estudio fue publicado en: Lavallén Ranea, Fabián: *Procesos de construcción de las representaciones sociales en la Argentina. La utopía social argentina*. En: *Signos Universitarios. Revista de la Universidad del Salvador*. Edición del Bicentenario. Año XXX. Número 46. Buenos Aires, 2010. / Lavallén Ranea, Fabián: *Imágenes y símbolos del Peronismo*. En: *Documentos del Programa de Estudios e Investigación en Imaginario Universal Justicialista*. (ISSN 1852-2734) IDICSO – USAL. Buenos Aires, 2009.

³ Producto de ese análisis es el trabajo publicado en la Universidad Nacional de La Matanza: Lavallén Ranea, Fabián: *Representaciones del Orden Social*. En: *Investigación en Representaciones Sociales*. (ISSN 1852-3706). LIE – UNLAM. Laboratorio de Investigación Educativa. Universidad Nacional de La Matanza. San Justo, 2008.

⁴ Hemos publicado una síntesis en la Revista del Instituto de Altos Estudios Juan Perón: Lavallén Ranea, Fabián: *La visión universal justicialista*. En: *Revista Reseñas y Debates*. Revista del Instituto de Altos Estudios Juan Domingo Perón. Año 6. Número 62. Buenos Aires, 2011.

⁵ Sintetizado en: Lavallén Ranea, Fabián: *Intelectuales y Academia en el Primer Peronismo*. En: *X Jornada de Investigación en Ciencias Sociales* (IDICSO – USAL). Instituto de Investigación en Ciencias Sociales. Universidad del Salvador. Buenos Aires, Miércoles 12 de Septiembre de 2012.

⁶ Presentamos las conclusiones de esos trabajos en: Lavallén Ranea, Fabián: *Políticas de defensa y visiones del mundo durante el Primer Peronismo. De la Escuela Superior de Guerra, a la Escuela de Defensa Nacional*. XI CONGRESO NACIONAL DE CIENCIA POLÍTICA. 17 - 20 de julio, Paraná, Argentina.

proyecto político, en una representación *revolucionaria* del universo simbólico argentino, a partir de una serie de trabajos (artículos, papers, ensayos, discursos, etc) orientados a modificar la *visión del pasado*, la interpretación del presente, y el rol de la Argentina en dicha transformación, y puntualmente, de la modificación sustancial de lo que significa la Defensa Nacional y el rol de las Fuerzas Armadas, tomando como *corpus de análisis*, una muestra de cincuenta artículos de la Revista *Hechos e Ideas*, publicados entre los años 1947 – 1951. Asimismo, consideramos que ese marco teórico expresado en los trabajos elaborados en los primeros años del régimen, nos permiten identificar un intento de “insubordinación ideológica” (en términos de Marcelo Gullo), estimulando al Estado Argentino a convertirse en “sujetos” de la política internacional (trocando su posición de objetos).

El ciclo iniciado en el mismo año que comienza a editarse la revista (1947), no sólo es el “inicio formal” de la Guerra Fría, que sino también en donde el régimen justicialista construye gran parte de sus apuntalamientos simbólicos y doctrinarios. Por ello es interesante ver que la *imagen inicial* del mundo, está ampliamente diversificada en la publicación, pero compartiendo una representación agonal de la política mundial, donde se pretende ampliar los márgenes de maniobra y el “umbral de poder” del estado. La *Revista* poseía una sección de *bibliografía*, además de traducciones, la permanencia de ciertas políticas editoriales, contactos con el exterior, y la recepción de artículos especiales de colaboradores latinoamericanos, convocatoria a intelectuales de prestigio nacional, o la reproducción de artículos internacionales, la inclusión de autores capaces de emitir opiniones técnicas sobre cuestiones económicas, jurídicas o institucionales, y hasta “números especiales” dedicados a temas relevantes, como la *economía tercerista* y sus implicancias, o la *Reforma Constitucional de 1949*. Todo esto, según Alejandro Cattaruzza, uno de los pocos estudiosos de la publicación junto con Roberto Baschetti, redunda en la búsqueda de un público «ilustrado», y quizás también, la *intención de crearlo* en el interior del propio peronismo.

La importancia del análisis que emprendemos de esta obra editorial, cobra aún más relieve si se tiene en cuenta que la *Revista* recogía sistemáticamente trabajos de otros esfuerzos editoriales que los sectores del Estado peronista vinculados a la cultura realizaban, incluso, llegando a crear una editorial homónima, desde donde se dará visibilidad a importantes trabajos de la época. Obra singular, la *Revista Hechos e Ideas* puede ser considerada según palabras de Horacio González, un “raro puente” entre la revista socialista *Claridad*, y la nacionalista *Sexto Continente*, pero aún más interesante, es

el amalgama de una publicación que conjuga intelectuales y funcionarios, en un binomio paradójico y trascendente.

Roberto Baschetti, quien realiza la *indización* íntegra de la Revista, le asigna una serie de puntos trascendentes a la publicación como objeto de investigación: 1.- *La conjugación de intelectuales y autores de diversa procedencia ideológica*, en una “atípica coexistencia”, tanto del socialismo, del nacionalismo, del *forjismo*, del conservadurismo, del anarquismo, del catolicismo, del radicalismo, y del riñón mismo del peronismo. 2.- *Ser el único medio de la época* que refleja desde el discurso, la teoría y la reflexión, *puntos profundos de discusión política* de aquellos años, como por ejemplo: los planes quinquenales, la reforma constitucional, los derechos sociales, los conflictos estado-iglesia, etc. 3.- *Ser un instrumento de difusión doctrinaria* y de pensamiento de los dos más grandes movimientos de masas de nuestro país: el radicalismo primero, y el peronismo después.⁷

El análisis de la *Revista Hechos e Ideas* nos permite reconstruir la historia cultural e intelectual del ciclo en cuestión, ya que como nos dice Flavia Fiorucci, estudiar una revista constituye “una *estrategia* recurrente en la historia intelectual”, por el papel que éstas tienen en la configuración del *campo intelectual*. Las mismas “*delimitan posiciones, agrupan y dividen, ponen en circulación polémicas, consagran determinados productos y figuras, se constituyen en usinas de proyectos colectivos y otorgan identidad*” (Fiorucci,2011;25)⁸

Justamente, como sostiene Guillermo Korn al investigar la revista *Cultura* (1949-1951), tomar un objeto concreto de análisis permite mostrar algunos matices “que quedan encubiertos en afirmaciones tan amplias y asertivas” (Korn,2010). Por su parte, Pablo Martínez Gramuglia (2014), analizando otra revista análoga como *Sexto Continente*, enfatiza que este tipo de investigaciones permiten repensar la relación entre los intelectuales y el pensamiento oficialista en los años del primer peronismo, para “revisar o matizar la idea de una oposición monolítica del campo intelectual”.

El trabajo nos permitirá introducir una serie de categorías sobre *la intelectualidad* de los años 1947-1951, que por el momento se resisten en el campo. El concepto mismo de “intelectualidad embrionaria” hacia el cual dirigimos la indagación, apunta a inferir la

⁷ Hasta el momento el investigador más sistemático de esta fuente lo constituye sin dudas Roberto Baschetti, quien entre otras cosas realizó la “indización” de la publicación en todas sus etapas. Ver: Baschetti, Roberto (2008). *Indización de la Revista Hechos e Ideas*. Biblioteca Nacional. Buenos Aires. p.17-19.

⁸ Flavia Fiorucci viene desarrollando profundas investigaciones sobre el mundo intelectual argentino, particularmente durante el período justicialista. Ver: Fiorucci, Flavia (2011). *Intelectuales y peronismo (1946-1955)*. Biblos. Buenos Aires.

existencia de un grupo de hombres de la cultura, con reconocimiento entre sus pares, que son parte del proyecto político del gobierno, pero mantienen ciertos márgenes de independencia, lo que se corrobora por enunciados críticos muy puntuales en determinadas políticas públicas del régimen.

La principal relevancia de la investigación radica en demostrar que aquello que entendemos por “*intelligentzia*”, posee un funcionamiento orgánico al interior del Peronismo, el cual le permite “transferir” políticas al campo de la cultura, donde se evidencia un estímulo a la insubordinación ante las estructuras hegemónicas del sistema mundo imperante. En otras palabras, como ya adelantáramos, la investigación permitiría revisar los supuestos generales que la literatura especializada posee acerca de la dimensión cultural del Peronismo Clásico. Además de esto, el trabajo puntualmente propone indagar sobre las dimensiones de la *Memoria-Doctrina y la Defensa Nacional*, en el marco del *tercerismo justicialista*, contempladas en los debates y propuestas de los articulistas de la *Revista Hechos e ideas*, en el período 1947-1951, sin incluir en esto a las dimensiones de política económica y la política exterior. Es decir, que nos circunscribimos estrictamente a la *Tercera Posición*, pero sin abordarla como un posicionamiento diplomático estricto, sino que como un **marco referencial doctrinario-filosófico múltiple** (de implicancias culturales, estratégicas y geopolíticas).

I. 2. Objetivos.

En la presente investigación buscamos dar cuenta de la génesis de supuestos teóricos doctrinarios justicialistas en un *marco revolucionario* del universo simbólico argentino, y anti-sistémico de las estructuras hegemónicas mundiales, por intermedio de una serie de trabajos (artículos, papers, ensayos, discursos, etc) orientados a modificar la *visión del pasado*, la interpretación del presente, y el rol de la Argentina en dicha transformación, y puntualmente, de la modificación sustancial de lo que significa la Defensa Nacional y el rol de las Fuerzas Armadas, tomando como *corpus de análisis*, una muestra de cincuenta artículos de la *Revista Hechos e Ideas*, publicados entre los años 1947 – 1951. Como hemos dicho, el trabajo puntualmente propone indagar sobre las dimensiones de la *Memoria y la Defensa Nacional*, en el marco del *tercerismo justicialista*, contempladas en los debates y propuestas de los articulistas de la *Revista Hechos e ideas*, en el período 1947-1951.

I. 2. a. General.

- *Identificar los principales ejes de reflexión (sobre la visión del pasado, y la inserción ante el mundo de la Argentina), en los trabajos publicados en Hechos e Ideas, que nos permiten esbozar un nuevo **marco referencial teórico-filosófico tercerista**, opuesto (revisionista y anti sistémico) a los esquemas del sistema mundo.*

I. 2. b. Específicos.

- *Delinear la imagen del mundo que durante la naciente Guerra Fría poseían funcionarios, intelectuales y dirigentes del primer peronismo (y del propio Perón) expresados a través de la Revista Hechos e Ideas, y el rol que la Argentina debía ocupar en dicho contexto.*
- *Interpretar los supuestos historicistas sobre los que trabajaba esta “intelectualidad” durante el primer ciclo de los peronismos clásicos (1947-1951), vinculados a reflexiones en torno al pasado reciente.*
- *Identificar la ubicación que le otorgaban al ciclo justicialista a lo largo de la Gran Historia de nuestra Patria, y los modelos o arquetipos ideales que recupera, restaura, o continúa.*
- *Sistematizar los principales elementos que forman parte del tercerismo, como antítesis del orden hegemónico de la Guerra Fría. En otras palabras, cifrar las singularidades que hacen del tercerismo un esquema anti-sistémico, y estímulo para la consolidación de una “insubordinación ideológica”.*

I. 3. Estrategia metodológica

Abordar *un sistema de ideas* (visión del mundo, representación del pasado, etc.) durante un período histórico determinado, en este caso, a lo largo del primer peronismo; necesariamente nos remite a recurrir a una **estrategia metodológica cualitativa**.

Enmarcados en un paradigma cualitativo- interpretativo optamos por trabajar con un **diseño de investigación** de tipo *descriptivo-comprensivo*, recurriendo a **técnicas de análisis documental**, evitando caer en una mera “observación exterior” de los fenómenos, sino pretendiendo lograr una comprensión de las *estructuras significativas* de ese mundo que nos interesa caracterizar. En este caso a partir del análisis de nuestra principal fuente de datos primaria la *Revista Hechos e ideas*.

La revista *Hechos e Ideas* fue una importantísima publicación que ha desarrollado varios períodos de edición. Comenzó siendo una revista radical que se publicó entre 1935 y 1941, cuando dejó de aparecer después de 41 entregas. Dicha publicación es crucial para reinterpretar el supuesto de la no existencia de debates intelectuales profundos durante el primer peronismo, ya que el itinerario de temas abordados por la revista, la multiplicidad de perspectivas, el número de autores, el abanico de disciplinas, y el renombre de los intelectuales, nos obligan a re-escribir la imagen que podemos tener hasta el momento sobre lo que puede considerarse “intelectualidad” por aquellos años.

En nuestro caso, puntualmente pretendemos recorrer todo el ciclo peronista de la revista *Hechos e Ideas*, destacando los artículos que hacen referencia a la política internacional, la imagen del mundo, la política exterior, y todos aquellos trabajos que indiquen el rol de nuestro país ante el orbe, las relaciones hemisféricas y regionales, y la relación con las grandes potencias. En cuanto a los límites temporales, que acotan históricamente a nuestro objeto de estudio, hemos seleccionado los números publicados entre 1947 (cuando se relanza la Revista, dando comienzo al “período peronista” de la misma) y 1951 (donde observamos la principal coyuntura interna del primer peronismo). Por lo tanto estos límites temporales no pecan de arbitrariedad, sino que por el contrario, obedecen a una cuestión estrictamente metodológica, ya que analizar los números

publicados dentro de ese compartimiento histórico, nos permite analizar cierta continuidad en el relato que abordamos.

Dentro del universo de artículos publicados por la revista en ese período 1947-1951, se seleccionaron para formar parte de una muestra intencional **52 artículos** catalogados a su vez según las dos dimensiones centrales del análisis propuesto Defensa y Posición por un lado y por el otro Memoria y Doctrina.



2. Marco teórico y estado del arte.

2. 1. Peronismo, cultura e intelectuales.

2. 1. 1. Intelectuales e *intelligentzia*.

En un trabajo clásico de la Escuela de Annales -*Los intelectuales en la Edad Media* de Jacques Le Goff (1986)- el gran historiador francés nos dice que los maestros de las escuelas fueron los primeros quienes en el gran ciclo medieval hicieron un oficio *del arte de pensar y de enseñar*, siendo incluso los antecesores de los científicos y de los hombres del conocimiento que más tarde, a comienzos de la Modernidad, se instalan en las universidades como en su “hogar natural”, durante el crecimiento de las urbes y los sectores burgueses (Le Goff, 1986). Es decir, que aunque tengamos asumido al intelectual con ciertas actitudes deístas, e incluso ateas o agnósticas, y hoy no se encuentre la fe como “tribunal supremo” del intelectual, sino la razón, antecede a esa “actitud moderna”, la identificación del *intelectual con el clérigo*, donde se daba el predominio de la concepción teológica (Bustamante, 1967;16).

El concepto *intelectual* no posee un significado establecido. Como nos dice Carlos Altamirano (2013;17), es multívoco, polémico y de *límites imprecisos*.⁹ Esos mismos sujetos ocupan un rol trascendente en el espacio social. Como actores críticos de la realidad no sólo transmiten una imagen del mundo, sino que influyen en la percepción del mismo. Su status y autoridad en los espacios de la cultura los relaciona con el *campo de poder*, como lo analizara profundamente Pierre Bourdieu. Pero muchas veces, emergen pensadores que no logran constituir un vínculo de relación sistemático con su colectivo de proximidad, con la "intelectualidad" que les permite referencia y anclaje.

Desde la década del cuarenta es un lugar de reflexión el “rol del intelectual” en una sociedad. Sin dudas fue Sartre uno de los artífices de la transformación del *estereotipo* del intelectual a lo largo del siglo XX, y su propia trayectoria fue sumamente importante para

⁹ Sin dudas uno de los investigadores más importantes sobre la sociología de los intelectuales, quien dirige un centro de investigación en Historia Intelectual en la Universidad Nacional de Quilmes (UNQUI). Uno de sus trabajos teóricos de donde hemos tomado muchos elementos es: Altamirano, Carlos (2013). *Intelectuales. Notas de Investigación*. Norma. Bs As.

la difusión de la “teoría del compromiso”, o de cómo se involucra un intelectual en el contexto socio-político de su tiempo. Sartre analizo el rol polémico que poseen los intelectuales, al ser críticos con la realidad burguesa, pero sin embargo provenir de ella, y hasta ser reproductores de su *ethos*.

Bolívar Mesa (2003) nos dice que las funciones que han cumplido tradicionalmente los *intelectuales/políticos* son:

“1. Creación de conciencia, ya sea al servicio de la clase ascendente o bien a favor del grupo dominante.

2. Justificación del orden legal establecido, siendo ésta una función típicamente jurídica.

3. Dar continuidad ideológica, corresponde a los "revolucionarios institucionalizados". Son aquellos intelectuales que han servido a una clase ascendente que ya ha llegado al poder político.

4. La función de ocultamiento, realizada por intelectuales otrora revolucionarios, que optan en ciertas situaciones históricas por la función intelectualizadora opuesta, es decir, frenar la exaltación de la ideología revolucionaria para garantizar el statu quo establecido.”

Meza nos dice que todo intelectual “busca la verdad, la razón y el conocimiento; quiere que los hechos sociales -enajenados e irracionales- se transformen y la sociedad sea mucho más racional y humana”, sin embargo, necesitan del poder “para hacer realidad sus utopías”.

*“La tarea de todo intelectual es **agitar ideas, resaltar problemas, elaborar programas o teorías generales**; la tarea del político es tomar decisiones. Toda decisión implica una selección entre diversas alternativas. La misión del intelectual es persuadir o decidir, animar o desanimar, expresar juicios, dar consejos, hacer propuestas, inducir a las personas a las que se dirige a formarse una opinión sobre las cosas. El político tiene la labor de tomar decisiones y realizar acciones de todas estas opciones. Sin embargo, los intelectuales con regularidad han ostentado su superioridad sobre los políticos porque los consideran hombres dedicados a una actividad meramente práctica. De ahí que el hombre político sólo a los intelectuales les deba hablar con la verdad, preguntarles de cualquier cosa y oír su opinión para después tomar decisiones” (Mesa,2003;34).*

Raymond Aron, quien le dedicara un gran estudio al análisis de los intelectuales y su rol en la sociedad francesa, nos dice que todas las sociedades han tenido sus escribas, sus letrados o artistas, que transmiten o enriquecen la herencia cultural, esos grandes expertos que ponen a disposición de los príncipes el conocimiento de textos y el arte “en disputa”, esos enormes sabios que descifran los secretos de la naturaleza y “*ensañaban a los hombres a curar las enfermedades o a vencer en el campo de batalla*”. (Aron,1957;201).¹⁰ La diferencia con los tiempos pretéritos, siguiendo con Aron, es que en la actualidad los sabios poseen una autoridad y prestigio que los ponen al abrigo de “la presión de las iglesias”.

“A medida que el público se amplía y que los mecenas desaparecen, los escritores y artistas ganan en libertad lo que arriesgan perder en seguridad (e incluso muchos tienen el recurso de ganarse la vida en una ocupación al margen de su actividad creadora)”. (Aron,1957;202)

Eso que Aron llamaba “los profesionales de la inteligencia”, son una **categoría social** más numerosa que antes, más libre y prestigiosa, más visible, pero también más ecléctica. Si bien etimológicamente el vocablo “intelectual” indica una ocupación: “*El dedicado al estudio y la meditación*”. (Roque Barcia, 1881) y del latín “*intellectuālis: perteneciente o relativo al entendimiento y dedicado preferentemente al cultivo de las ciencias y las letras*” (Real Academia Española), nada más lejos de esta visión contemplativa es la mirada que tiene Antonio Gramsci -el gran político y filósofo italiano- (1891-1937) sobre los intelectuales. El intelectual de Gramsci, es mucho más que sólo aquel que está “asociado” a una actividad vinculada al intelecto. El intelectual orgánico es *todo el que participa de la reproducción del sistema*, con consciencia o no de estar haciéndolo. Son intelectuales contra-hegemónicos aquellos quienes intentan poner en evidencia ese funcionamiento del poder y tratan de estar al servicio de un modelo diferente. Son también intelectuales orgánicos, pero orgánicos de otros sectores llamados subalternos, sectores de la sociedad que no han logrado cristalizar su proyecto político en un lugar de poder significativo desde cual llevar adelante la realización de su modelo de sociedad. Dadas las asimétricas condiciones capitalistas, estos intelectuales *contra-hegemónicos* deben plantear la verdad al poder vigente, y hacerlo de una crítica.

¹⁰ Sin dudas el trabajo de Raymond Aron (1957), *El opio de los intelectuales*. Leviatan. Bs As. Es uno de los más trascendentes sobre el tema durante varias décadas.

“[...] a buscar la relación entre la organización y las masas como una relación entre educadores y educados, que se invierte dinámicamente al papel de los intelectuales -en el seno del intelectual orgánico, la conquista y transformación de los aparatos del Estado- para crear las condiciones de esa nueva hegemonía y la transformación de la sociedad civil” (Gramsci, 2000: 122).

Para Gramsci es histórico el rol que le cabe a los intelectuales en todas las sociedades, ya sean orgánicos o no a la clase dominante. Los intelectuales deben ser analizados no a partir de una condición *per se* sino mas bien a través de la función social que desempeñan según su situación de clase. En este sentido, “todos los hombres son intelectuales, pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales” (Gramsci, 2000:13). Respecto al nivel de “organicidad” que hay entre los diversos estratos intelectuales en vinculación con la clase social fundamental, Gramsci clasifica dos planos superestructurales: de la “sociedad civil”, formado por el conjunto de organismos privados, y el de la “sociedad política o Estado”. Los intelectuales son los empleados del grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y el gobierno político, es decir, para el consenso y para asegurar la legitimidad del aparato de coerción estatal. En definitiva, existen intelectuales orgánicos, funcionales al poder, y los intelectuales tradicionales, con claro rol reflexivo y relativamente autónomos.

Sobre este punto, Aron decía que cuando se observan *las actitudes en política*, la primera impresión es que “se semejan a la de los no intelectuales”, con sus saberes a medias, sus prejuicios, sus preferencias estéticas, etc. (Aron,1957;210). ¿Es justamente esa vinculación con la política lo que los vuelve vulnerables al ambiente? ¿Ese es el factor humanizante de los intelectuales? Para Jean-Paul Sartre la figura del intelectual está emparentada con la discusión y la crítica. El gran autor nos decía que “*la única manera de aprender, es discutir*”. Para Sartre “*es también la única manera de transformarse en hombre*”. Porque para él “*un hombre no es nada si no es un impugnador. Pero también debe ser fiel a algo. Un intelectual, para mí, es eso: alguien que es fiel a un conjunto político y social, pero que no cesa de discutirlo*”. (Sartre, JP, 1973: 145).

“El intelectual debe ser consciente de que toda acción tiene sus consecuencias prácticas, incluso la inacción o el silencio”. “‘está en el asunto, haga lo que haga’, marcado, comprometido, hasta su retiro más recóndito” (Sartre, JP, 1962: 9).

Es decir, en contraposición a la idea de la contemplación y la retrospectiva interior, este perfil de intelectual asume un compromiso con la situación concreta que constituye su época, que *“se abraza estrechamente con su época; es su única oportunidad, su época está hecha para él y él está hecho para ella”* (Sartre, JP, 1962: 10). Asume conscientemente su compromiso con su tiempo y se identifica con los oprimidos. De alguna manera, como nos dice el filósofo esloveno Slavoj Žižek, que los pensadores deberían tomar conciencia de su momento histórico, viendo los problemas concretos. Desde la óptica sartreana, *los intelectuales tienen que hacerse cargo de una misión*, que parte de la necesidad de asumir que todo acto tiene repercusiones prácticas, que no se puede estar al margen de la situación en la que se está implicado, y que por lo tanto se es responsable del nivel de indeterminación que toda situación contiene en virtud de la acción del hombre. De modo tal, la misión que Sartre postula supone una libertad *situada* y una responsabilidad con un obrar que siempre significa.

“El escritor [el intelectual] comprometido sabe que la palabra es acción; sabe que revelar es cambiar y que no es posible revelar sin proponerse el cambio”, asimismo si las palabras son “pistolas cargadas” ese intelectual debe disparar a un blanco determinado” (Sartre, 1962: 53).

Edgard Morín (1962) sociólogo y antropólogo francés, también resalta el carácter crítico del intelectual, nada más ajeno que pensarlo desde una postura contemplativa; porque hablar de neutralidad valorativa en las ciencias sociales es asumir una postura conservadorista. El científico social y el intelectual recortan su objeto de estudio, seleccionan variables, dimensiones, focalizan y acotan según sus valores, sus perspectivas, a la par que modifican con su análisis; es decir operan sobre la realidad. Justamente en la cultura de masas que contextualiza a los intelectuales- la cual está constituida por un cuerpo de símbolos, mitos e imágenes que se refieren a la vida práctica y a la vida imaginaria, un sistema específico de proyecciones e identificaciones- se perfila la figura de un intelectual crítico.

¿Cuál es el rol de los intelectuales frente a este emergente cultural? Denigrar la cultura de masas como subproducto cultural de la moderna industria calificándola de infracultura. Desde la intelectualidad marxista, la alienación del hombre en el trabajo se prolonga a través de la alienación en el consumo y el ocio, en la falsa cultura. Desde una postura de derecha, la cultura de masas, no corre una mejor perspectiva; sino que es vista como una *diversión hecha para el vulgo o la plebe*. Sin embargo, la propuesta de Morín, es desarticular la *estereotipación* que existe tanto de la cultura de masas como de la cultura de los cultivados a la que pertenecerían los intelectuales, porque ambas tienen puntos de unión. Su primer paso de abordaje a la realidad social, será entonces partir del auto-análisis y la autocrítica. Su propuesta apunta a revistar y auto-criticar la noción ética o estética de la cultura; replanteando esquemas intelectuales a partir de *una cultura en verdadera inmersión histórica y sociológica* y a que el intelectual recurra a los métodos *autocrítico y de la totalidad*. Es decir buscar una objetividad que integre lo observado en la observación sin caer en el objetivismo que alcanza el objeto suprimiendo lo observado; de lo que se trata es de alcanzar el verdadero conocimiento que dialectiza la relación observador-observado. Por otro lado, el método de la totalidad engloba él mismo al método autocrítico porque tiende, no solamente a considerar un fenómeno en sus interdependencias; sino también al considerar al observador intelectual mismo incluido en un sistema de relaciones.

Edward Said (1935-2003), el gran pensador palestino, si bien no pertenece a la tradición francesa, sino a una tradición orientalista, acentúa también el espíritu crítico y anti conservador del intelectual, ya que establece:

“Básicamente, el intelectual en el sentido que yo le doy a esta palabra no es ni un pacificador ni un fabricante de consenso, sino más bien alguien que apostado con todo su ser a favor del sentido crítico, y que por lo tanto se niega a aceptar fórmulas fáciles, o clises estereotipados, o las confirmaciones tranquilizadoras o acomodaticias, de lo que tiene que decir el poderoso o convencional, así como lo que estos hacen” (Said, E. 1996:39)

Por su parte Pierre Bourdieu- sociólogo francés- (1930-2002) criticó de manera férrea la *complacencia* y supuesta *neutralidad* de los intelectuales, y su refugio en los

recintos universitarios. “No se trata de leer ponencias, como en la universidad, sino de “exponerse” lo cual es muy distinto: los académicos exponen mucho en los coloquios, pero se exponen poco” (Bourdieu, 2005:52). Señaló que una de las tareas de la sociología debía ser la politización de la sociedad. “La sociología no invita a moralizar sino a politizar” (Bourdieu, 2005:58). Desde la perspectiva de Bourdieu, quien estudia los movimientos sociales no puede permanecer neutro ni indiferente. “Los que tienen la suerte de poder dedicar su vida al estudio del movimiento social, no pueden permanecer, neutros e indiferentes, al margen de las luchas que ponen en juego el futuro del mundo” (Bourdieu, 2001:7). Todo lo anterior, tiene que ver con la importancia que Bourdieu atribuye a los intelectuales para la lucha social.

“Los intelectuales (entendiendo por ello a los artistas, escritores y científicos que se comprometen en una acción política) son indispensables para la lucha social, especialmente hoy, dadas las formas completamente nuevas que adquiere la dominación” (Bourdieu, 2001:40).

La propuesta de Bourdieu en torno a los intelectuales y su compromiso político se sintetiza en el siguiente párrafo:

*“Debemos oponer las producciones de redes críticas que agrupen “intelectuales específicos” (en el sentido de Foucault) de un verdadero **intelectual colectivo capaz de definir los objetos y los fines de su reflexión y de su acción**, es decir, autónomo. Este intelectual colectivo puede y debe cumplir en primer lugar funciones negativas, críticas, trabajando en la producción y extensión de instrumentos de defensa contra la dominación simbólica que hoy se ampara casi siempre en la autoridad de la ciencia; haciendo valer la competencia y la autoridad del colectivo reunido, puede someter el discurso dominante a una crítica lógica que ataque sobre todo el léxico (“globalización”, “flexibilización”, etc.), pero también la argumentación y el uso de metáforas; también puede someterlo a una crítica sociológica, que prolonga la primera, poniendo en evidencia los determinantes que pesan sobre los productores del discurso dominante (empezando por los periodistas sobre todo económicos) y sobre sus productos; **por último puede oponer una crítica propiamente científica a***

la autoridad predeterminadamente científica de los expertos, sobre todo económicos” (Bourdieu, 2001:40-41).

Es decir que para Bourdieu puede cumplir una función positiva “ *contribuyendo a un trabajo colectivo de invención política*”, aunque la doxa neoliberal ha ocupado todo el espacio vacante y “*la crítica se ha refugiado en el “pequeño mundo” académico, donde está encantada de sí misma, pero no es capaz de inquietar realmente a nadie en nada*” (Bourdieu, 2001:41). Bourdieu se vale del famoso concepto de **campo intelectual** entonces, partiendo de la visión que los escritores conforman un *microcosmos* en el mundo social “que se rige por una lógica específica: posee reglas, formas de reconocimiento y sanción diferentes de las que gobiernan otros ámbitos de la sociedad”, lo que implica que el campo opera con relativa autonomía, dependiendo del grado de institucionalización que posee (Fiorucci,2012;14).

En la famosa sociología de Bourdieu, como nos dice Emilio Tenti Fanfani, la definición de **campo científico** debe entenderse en forma relacionada con el concepto de *habitus* y de *capital* en el interior de un espacio teórico determinado (Fanfani,1994;22). Por eso el campo es una red, una *configuración de relaciones entre posiciones*. Cada campo social (económico, político, intelectual, artístico, religioso, etc), como nos dice el autor:

“Constituye una especie de microcosmos dotado de una lógica específica. En cada uno de ellos se desarrolla un juego y por lo tanto una lucha por la apropiación de aquello que está en juego. En los campos científicos lo que está en juego es la autoridad científica, es decir, la capacidad de imponer los criterios de cientificidad”.(Fanfani,1994;22-23).

No siempre los intelectuales son escuchados o tenidos en cuenta por los gobiernos y la gestión pública. Existen interesantes ejemplos donde el círculo de intelectuales o la “academia” es ignorada, omitida o dejada de lado por el poder político. Hay interesantes casos contemporáneos donde la omisión no es inocente y se tiñe de ideología, y ejemplos donde la absoluta ignorancia de lo producido por la comunidad científica es lo que lleva a implementar decisiones que van a contramano de lo propuesto por los expertos. Podemos ilustrar esto con dos ejemplos de una temática tan delicada pero esencial para el Estado como lo es la implementación de las medidas que nutren al sistema penal.

El primer caso es en lo referido a la implementación de la Tortura. Cuando el suplicio comienza a ser duramente criticado y desvalorizado por las connotaciones inmorales e inhumanas que la misma posee, a mediados de la modernidad europea, las principales cortes del Viejo Continente endurecen los castigos, y hasta podemos decir que alcanzan el apogeo de la aplicación. Cuando el primer pensamiento *abolicionista* comienza a expandirse por intermedio de intelectuales del siglo XVI y XVII, nadie los lee en los estratos gubernamentales. Como nos dice uno de los máximos estudiosos de la tortura en el siglo XX, casi todos esos intelectuales son “teólogos, humanistas, intelectuales que escriben frecuentemente en latín para una minoría selecta”, no tienen ni impacto en las cortes ni en el escaso público lector de los juristas. (Mellor,1972;54).

Otro ejemplo interesante es más reciente, a comienzos del siglo XX, cuando los principales investigadores de la *Escuela Sociológica de Chicago*, transforman el pensamiento criminológico contemporáneo, incorporando investigaciones sobre las subculturas, las condiciones sociales y culturales, criticando la estigmatización del inmigrante, etc, el gobierno federal de los EE.UU. decreta la famosa “ley seca”, criminalizando desde entonces segmentos de la población y del mundo subalterno, que iban a contramano de lo planteado por varios de los académicos de aquellos años.

José Nun, politólogo argentino (1936), trabaja la definición gramsciana aggiornándola a la nueva época:

“En esta coyuntura la función intelectual implica adquirir conocimientos específicos en áreas que habitualmente se consideran reservadas a los expertos para después metabolizar críticamente esos conocimientos, relacionarlos con otros que resulten relevantes y ponerlos luego, al servicio de quienes se interesen en comprender la realidad para poder transformarla” (Pavón: 2012,20).

Sin embargo, otras posturas se refieren a la “especificidad” de los conocimientos de los intelectuales desde un marco tecnocrático, sin necesidad de involucrarse con su contexto social. El desarrollo de la actividad académica que se produjo a partir de la transición democrática de los países latinoamericanos, y la estabilización de las democracias representativas son cruciales para entender el peso de los “especialistas” dentro del campo cultural y más allá de éste. Del mismo modo, habrá que tener en cuenta

la crisis de los relatos emancipatorios y el avance de las perspectivas tecnocráticas en la práctica política (Rubinich, 2001)

En función del pragmatismo y el realismo político, el intelectual especialista se presenta como *portador de los saberes necesarios para la toma de decisiones* cada vez más complejas (Sarlo, 2006:180). Aunque actúe políticamente todo el tiempo, este especialista presenta su labor en la academia o en la burocracia estatal como “no política”, ajena a cualquier ideología e interés. Si la práctica del “intelectual comprometido” y más aún, la del orgánico suponen la toma de posición explícita y la confrontación, este modelo se funda en una supuesta *neutralidad*. La preeminencia de este modelo de intelectual se evidencia en que cada vez son más los intelectuales que conciben y practican su labor a imagen y semejanza de las demás labores, sin otra responsabilidad que la de ser competentes y objetivos, dedicándose sólo a los temas que hacen a su incumbencia profesional (Said:1996, 90)

Por su parte, Atilio Borón -político y sociólogo argentino- si bien comparte la especificidad de conocimientos con los que trabaja el intelectual, se detiene en enfatizar la diferencia entre el intelectual académico y el intelectual público:

“Un intelectual público es un hombre o una mujer, que habla y se dirige, básicamente, hacia el conjunto de la sociedad. Mientras que el académico es un personaje cuyos escritos están dirigidos hacia sus pares, su jefe o incluso sus empleadores. El problema es que gran parte de las ciencias sociales están dominadas por esta concepción del académico que escribe para una “comunidad epistémica” de especialistas o para sus superiores en ámbitos burocráticos como la universidad o el estado... Si bien el intelectual público se interesa por las ideas, el foco de su atención está puesto en la relación entre éstas y el orden social vigente, y entre las ideas y los proyectos y las fuerzas sociales y políticas que luchan por crear un tipo de sociedad mejor. Este personaje sabe que su misión principal es la de ser la conciencia crítica de su tiempo; el papel del académico, en cambio, es respetar celosamente las fronteras disciplinarias, publicar en las revistas especializadas de la profesión -por supuesto que bendecidas por el fetichizado referato de sus pares- y reproducir el primado del paradigma teórico-metodológico convencional, conservador hasta el tuétano... ”.

(Entrevista a Atilio Borón por Mariela Flores Torres, *Revista Ficciones*, Febrero 2012).

Carlos Altamirano - sociólogo argentino (1939)- quien ha puesto su foco de interés académico en los intelectuales, apuesta a una definición amplia y auto referencial de los mismos: *“El concepto de intelectual no tiene un significado establecido: es multívoco, se presta a la polémica y tiene límites imprecisos, como el conjunto social que se busca identificar con la denominación de «intelectuales»”* (Altamirano:2013,38). Esta visión del intelectual, entrelaza su función con la función pública y el ejercicio político:

*“La función de las personas consagradas a la vida académica es el conocimiento. Estas personas a veces toman la palabra en el espacio público para referirse a los usos, a las consecuencias, a las restricciones de los conocimientos que ellos mismos producen; o bien, dejando de lado su competencia, intervienen como ciudadanos, investidos por el prestigio que han alcanzado en su disciplina”...Respecto a la tensión entre **intelectuales y poder político**...“Esa tensión, independientemente de casos particulares, es general. Quiero decir, nunca se anula o se suprime la tensión entre el ejercicio del trabajo intelectual y el de la acción política”.*

El rol de los intelectuales en los últimos tiempos atraviesa un nuevo proceso de transformación que se ajusta al nuevo tipo de sociedad mediática que se impone. En términos de Altamirano:

“Este nuevo marco nos obliga a pensar que ya no tendría sentido hablar de intelectuales, hay profesionales de la comunicación, universitarios cuya ocupación privilegia el trabajo intelectual, pero esa figura del intelectual en el debate cívico está en retirada. La escena mediática tiene una lógica, un régimen de funcionamiento y una temporalidad que obliga al intelectual a hacer cosas que no está habituado a hacer. En este contexto, muchas veces tiene que hacer réplicas rápidas y breves, contrario al razonamiento del hábito propio del trabajo intelectual. Otra cuestión es la gravitación de los comunicadores sociales que desempeñan el papel que se les atribuyó siempre a los intelectuales”.

Según José Brunner, está en crisis la figura tradicional de intelectual (Brunner,2005). O como nos dice Heinz Dieterich, podemos hablar de un colapso general de la intelectualidad global frente a los grandes problemas de la humanidad y de las mayorías (Dieterich;2000,9). La trascendencia de este modelo de intelectual es directamente proporcional con la profundización de la hegemonía massmediática y más concretamente con el predominio de la cultura audiovisual, es decir con el proceso de reconfiguración que los medios audiovisuales generaron en toda la dimensión simbólica de las sociedades capitalistas contemporáneas, transformación que abarca las artes, los estilos de vida y la política misma (Sarlo: 1992, 51). Para Juan Marsal, el intelectual es el ideólogo de una clase, “ya sea de la que está en el poder, o de la que aspira a llegar al poder” (Marsal,1970;87).

Como señala Bourdieu, serán los agentes que hayan acumulado menos capital específico en su campo de procedencia quienes van a estar más dispuestos a involucrarse en ese juego como para encontrar en la consagración externa lo que no logran en el seno de las instancias consagratorias dominadas por sus pares (Bourdieu, 1997)

Zygmunt Bauman, sociólogo y filósofo polaco (1925), por su parte, propone una *tipología* que permita una aproximación del rol social del intelectual en torno a una división entre modernidad y posmodernidad. La imagen del intelectual “legislador” como una consciencia representativa de la sociedad moderna que persigue su legitimidad en función de criterios de compromiso, universalidad y verdad. Por su lado, el intelectual como “intérprete” y referente de la posmodernidad, privilegia una función interpretativa en el marco de las problemáticas que plantea el dominio de los lenguajes. (Bauman, 1997)

Michael Foucault -psicólogo y filósofo francés (1926-1984)- en consonancia con su línea de pensamiento propuso una aproximación al rol del intelectual, atendiendo a las relaciones entre poder, saber y conocimiento. Y traza una distinción entre: el “intelectual general” típico de la modernidad, y el “intelectual específico” que renuncia a cualquier tipo de representación del saber. A estos dos tipos de intelectuales incorpora a su análisis una tercera posición intelectual, identificada con los nombres de Marx, Nietzsche y Freud bajo el nombre de “intelectuales de la sospecha”, referidos al campo de la interpretación y al ejercicio de la hermenéutica.

Por su parte, Dieterich (2000), en uno de los trabajos más críticos y polémicos que pudimos encontrar sobre la intelectualidad actual (sobre todo francesa), plantea que gran parte de los más célebres intelectuales franceses y norteamericanos que están en boga desde hace años en América Latina, constituyen una *docta ignorancia*, y analiza, tomando

como base la investigación de Alan Sokal (1996), la llamada “impostura intelectual” del mundo científico en las ciencias sociales actuales, donde abundan nombres reconocidos que utilizan erudiciones superficiales, manipulación de frases, incongruencias lógicas, y la intimidación al lector como recursos de reconocimiento, sin expresar ideas claras sobre los problemas, incluso, sin tener como horizonte cuestionarse sobre los mismos.

En un simposio organizado por Norberto Bustamante en 1966, donde se convocaron a varios intelectuales argentinos de prestigio, se debatió la *definición, el rol, el ambiente, y las singularidades* de los intelectuales en la Argentina y en América Latina. En el mismo, publicado un año más tarde, el propio coordinador (Bustamante,1967;17) decía que resultaría arbitrario pretender siquiera una definición “que hiciera justicia a la inmensa variedad empírica de tipos de intelectuales que se suceden en el curso histórico”.

Para Oscar Terán, *intelectuales* son aquellos que tienen *acceso a un conjunto de posiciones, prácticas y destrezas letradas*, y por supuesto, en nuestro país existe una larga tradición de generaciones de intelectuales que logran contener esas características en su dinámica de trabajo. Posiblemente sea Mariano Moreno quien de alguna manera se ubique en la génesis de estas figuras a partir del ciclo de la Revolución de Mayo, siendo sus escritos los ejes de estudio de Terán en sus “lecciones” sobre la historia de las ideas en la Argentina (Terán,2008;25-60), y en palabras de Héctor Pavón, cumple el papel del “intelectual al servicio de una causa política” (2012;21).

Posterior a la Revolución, en la Argentina sin dudas dos de los pensadores que nuclearon los primeros estereotipos de intelectual fueron Sarmiento y Alberdi, figuras centrales de la *Generación del '37*, grupo que tomando como centro neurálgico el famoso Salón de Marcos Sastre, comenzaron a pensar, estudiar, analizar la realidad política, social y cultural de nuestro país, de donde emergerán titanes de las letras y la política como Sarmiento o Echeverría (Terán,2008;61). En el caso particular de Alberdi, incluso Coriolano Alberini lo considera en la historia del pensar filosófico iberoamericano el más eminente de esa generación (Alberini,1994,145). Son por lo general jóvenes nacidos alrededor de 1810, y en gran medida representan o expresan en su itinerario público la “frustración” de una inteligencia *que se propuso desarrollar una cultura y un pensamiento nacional*, pero que fue derrotada en esa cruzada (Galasso,2011;307). Sólo un puñado de ellos lograra escapar en sus planteos a la lectura de la realidad nacional sin la deformación del prisma colonizado. En general en sus biografías se observa lo que Galasso

llama “el drama de ensayistas” y políticos que pretenden conocer y profundizar los problemas nuestros, pero que lamentablemente cae en lecturas “importadas”.

“Los simplificadores de la historia han pretendido asimilarlos a los viejos unitarios, pero la mayoría de éstos jóvenes toma distancia de la generación anterior que ha gobernado en la década del veinte. Más aún, varios de los hombres del 37 condenan la arrogancia y el europeísmo de viejos unitarios como Alsina y Rivadavia y si bien critican el autoritarismo y el tradicionalismo de Rosas, creen posible alguna forma de acuerdo con el restaurador” (Galasso,2011;307).

A pesar de ello, a diferencia de los hitos anteriores, con la generación del '37 ya tenemos un *primer movimiento intelectual* animado de “un propósito de interpretación de la realidad argentina”, el cual también planteó la necesidad de construir una identidad nacional (Terán,2008;61).

En la historia intelectual argentina siempre se ha planteado la transformación que implica la caída del rosismo, dándose la imagen que ante el final de la tiranía, la intelectualidad que satelizaba en países limítrofes decidiera entonces aterrizar en el ambiente porteño. Luego de la batalla de Caseros (1852) los trastornos económicos y sociales impactaron sobre la vida intelectual argentina. Cuando comienza la ofensiva contra la tradición criolla, comienza el ataque contra la mentalidad colonial, que respaldaba el sistema de creencias y opiniones vigentes en la sociedad. Estos primeros intelectuales *post Caseros*, y luego los de la generación del 80, prefirieron los autores franceses a los españoles, e incluso algunos los anglosajones a los franceses, iniciándose un legítimo período de secularización de la cultura. Indudablemente en la historia de las ideas argentinas la **Generación del 80** ocupa un puesto singular, porque pocas veces fue tan firme un sistema de convicciones en el seno de una élite y pocas lograron influir tan profundamente sobre la realidad.

“Quizá, sobre todo por poseer una sólida y arraigada filosofía espontánea de vida, fue la generación del 80 una fuerza tan compacta y tan eficaz en la dirección de la vida argentina” (Romero, 1987: 17).

Hacia fines del siglo XIX los procesos de modernización transformaron de manera abrupta el panorama social, político y económico de nuestro país, introduciendo nuevas preocupaciones y planteos. Como nos dice Terán, en términos estructurales los principales fenómenos de transformación están determinados a causa del ingreso pleno del país en la *modernidad*, formidable proceso cultural dentro del cual se produce entre otras cosas la “secularización”, y de alguna manera el mundo “se torna calculable” (Terán,2008;112).

La *primera generación* de intelectuales posterior a Caseros, contaba con hombres de vasta y profunda formación intelectual, con arraigados hábitos de lectura, sobre todo de literatura. Incluso tal como destaca Romero (1987: 23) la novelística que leyeron, especialmente francesa, los saturó de ideas, en particular sobre problemas sociales, que contribuyeron a formar más de una opinión en algunos espíritus que se resistían al esfuerzo de la lectura de obras sistemáticas.

La preocupación por el futuro colectivo cristalizó en concepciones políticas más o menos definidas, que los grupos de acción postularon como soluciones eficaces para los problemas del país. El grupo oligárquico, heredero de la generación de la organización nacional, apuntaba a la creación de una nueva Argentina económica: el esfuerzo colectivo y eficaz se debía orientar en favor del *proceso de expansión económica*. Julio Roca resumió esta posición al erigir como lema de su gobierno el de “Paz y Administración”. Es decir, el doble propósito de asegurar la juridicidad y el progreso, que se enmarcaba en el sistema de principios liberales y positivistas que predominaban en el ambiente intelectual de la época, y que desplazaba ciertos dominios de injerencia de la Iglesia hacia el Estado, y bregaba por el *laicismo* en la educación. Como contraofensiva, grupos católicos se sintieron vulnerados y se levantaron contra la intromisión del Estado en problemas que antes eran del fuero religioso; entre los intelectuales de este movimiento se destacan José Manuel Estrada y Pedro Goyena. En esta nueva Argentina que empieza a erigirse con masas migratorias, transformaciones sociales y económicas, el *realismo* se impone como la estética en boga. Y esto se plasma en la nueva creación literaria y plástica que deja atrás la tradición romántica. Entre los intelectuales, hubo una “literatura de viajes” que se centró en temas europeos. Mansilla, Santiago Estrada, Cané y otros, reflejaron en su obra el espíritu nostálgico de los viajes que hicieron.

A medida que finalizaba el siglo XIX se acentuaban los signos de la transformación que se operaba en el ambiente social e intelectual del país. Es decir comienza un nuevo curso de ideas que mantuvo su dirección durante los primeros quince años del siglo y

encontró plasmarse simbólicamente en el espíritu que presidió las fiestas de celebración del Centenario de la Revolución de Independencia en 1910. Este espíritu dejaba entrever las secuelas de la crisis que la oligarquía argentina había sufrido en 1890, erosionando tanto su estabilidad política y social como en sus convicciones y perspectivas. En este contexto, tanto las minorías intelectuales -un poco escépticos y alejados de la política- y las nuevas promociones de políticos, percibían no solo la presencia de algunas “nuevas ideas”, sino también de ciertos anhelos en el seno de una colectividad que cambiaba.

Las minorías intelectuales acusarían desde 1900 una exaltación de la *función de la inteligencia* y el principio de la aristocracia del espíritu. Carlos Pellegrini, Joaquín V González y Roque Sáenz Peña examinaban atentos el problema de la convivencia social y el rol de la oligarquía política en el complejo social. Almafuerte cantó las miserias y grandezas de ese grupo social al que la vieja oligarquía llamaba despóticamente la “chusma”. Por otro lado, la gran diferencia de estos intelectuales con los de la generación del 80, sería que el trabajo científico, el espíritu inquieto y reflexivo hacia los problemas sociológicos, y la militancia crítica reemplazarían a la actividad política concreta. Comte y Spencer fueron de los autores más solicitados para interpretar los matices de la nueva realidad política y social argentina.

Tengamos en cuenta que desde inicios de siglo hasta la Primera Guerra Mundial hubo en nuestro país una “intensa fermentación de ideas”, la cual acompañó los proyectos de cambios que “se diseñaron desde el poder” (Di Tella, 2001; 37). En algunos casos lo hizo desde espacios cercanos al poder, en otros, desde posiciones independientes. Los intelectuales de comienzos del siglo XX son herederos directos de la generación del 80, y nietos de la generación organizadora del país desde 1852, y pensaban que la sociedad tradicional tenía los defectos heredados de la tradición colonial hispánica. La oposición entre *nacionalismo* y *universalismo*, entre *nacionalismo* y *clasismo*, entre *idealismo* y *materialismo*, fue en todos los aspectos de la vida y la cultura argentina, y con diversos matices, un fenómeno característico del Centenario.

No debemos olvidarnos del *positivismo argentino*, el cual atraviesa algunos de los discursos más significativos “que circulan en la esfera pública durante la última década del siglo XIX y la primera del sigloXX”, y donde se destacan José María Ramos Mejía, José Ingenieros y muchos más, quienes tendrán un legado que se extiende hasta casi mediados del siglo pasado (Terán, 2004; 127). Asimismo, el *modernismo cultural*, que renovaría las letras hispanoamericanas entre 1890 y 1910, se superpone con el positivismo citado, dividiéndose de alguna manera el espacio de gravitación: el positivismo en el escenario

filosófico y científico, y el modernismo en el escenario estético-literario (Terán,2004;155).

La *Ley de sufragio universal*, secreto y obligatorio, promulgada por el presidente Roque Saenz Peña en 1912, fue testigo de nuevos cambios en la fisonomía de la sociedad argentina, que habilitaban el desplazamiento de ciertos grupos hacia situaciones de mayor influencia. José Ingenieros, a partir de la “*Evolución de las ideas argentinas*” no sólo busca descubrir las “grandes líneas ideológicas de la historia nacional”: la mentalidad colonial y la revolucionaria, el antiguo y el nuevo régimen; la feudalidad y la democracia. Ricardo Rojas, también a partir de su obra apuntará a la recapitulación y revalorización de la vida espiritual argentina, y de la tradición intelectual del país.

Por otra parte, Ortega y Gasset significó el comienzo de una nueva influencia filosófica; Luis Juan Guerrero, Francisco Romero y Carlos Astrada, serían maestros de las nuevas generaciones. En 1929 se funda la *Sociedad Kantiana* de Buenos Aires y hubo una renovación de la vida científica, llegó a la Argentina el matemático español Julio Pastor y en 1925 visitó el país Alberto Einstein.

Leopoldo Lugones, poeta, ensayista, periodista y político, ha sido uno de los intelectuales de esta época con mayor nivel de polemización, tanto por su vasta obra literaria como por su protagonismo político, y es uno de esos autores que advierten en su pluma la **crisis del orden liberal**. Lugones navegó en las aguas del socialismo, el liberalismo, el conservadurismo, la masonería y el fascismo. En su juventud compartió la pluma con otros escritores socialistas como José Ingenieros, Manuel Ugarte, Roberto Payró y Alberto Gerchunoff; pero su adhesión a la candidatura presidencial de Manuel Quintana, conservador, lo llevó a ser desplazado de ese grupo. Adhiere en esa época a la obra de Domingo Sarmiento y de José Hernández y a la formación del espíritu nacional. Más tarde comulga con el proyecto de Julio Argentino Roca. A partir de la adhesión de Lugones al *nacionalismo autoritario* desde 1920, es rechazado por los círculos intelectuales porteños y se lo posicionó como ideólogo de la revolución de 1930, que inició una serie de golpes de Estados en la Argentina. Se suicidó en 1938, como muchos hombres destacados que encontraron la fatalidad en cierta neblina de incompreensión y soledad.

Los ámbitos de influencia del intelectual a partir del Centenario cambiaron, como nos dice Fiorucci (2012;17), al menos “hasta el advenimiento de la democracia de masas en 1916”.

“El intelectual no sólo había participado en la construcción del anadamiaje institucional de la nación sino que había hecho de esa labor un capítulo preponderante en la constitución de su propia identidad. Es decir que hasta entonces las fronteras entre el campo intelectual y el político eran difusas. Esta situación se modificó visiblemente luego de instaurado el gobierno de Hipólito Yrigoyen, cuando la influencia de los intelectuales en el ámbito político se eclipsó y su lugar fue ocupado por la naciente clase política” (Fiorucci,2012;17)

Como nos dice Tocuato Di Tella (2001;86), en los tempranos años veinte, y sobre todo durante los treinta, se desarrollará fuertemente en América Latina *una ola de nacionalismo de izquierda*, el cual se nutría de dos grandes frentes: por una lado de la Revolución Mexicana, y por otro, de la Reforma Universitaria del 18. Pero muy particular es el caso de Perú, donde Victor Raúl Haya de la Torre, elaboró la teoría que formaría al *aprismo*, con ambiciones de escala continental, y elementos claramente subversivos para el sistema internacional.

El fuerte impacto de la caída de Wall Street y la toda la crisis social y política de comienzos de los treinta, afectan de manera fuerte al escenario intelectual. Terán nos dice que esa “fractura” de representación lanza a los intelectuales a *la búsqueda de causas* que expongan las razones para “lo que se visualiza como el rotundo fracaso de un proyecto de país” (2004;227).

“Algunos, como es el caso de los hermanos Irazusta y en general la corriente conocida como el “revisionismo histórico”, intentarán dilucidar ese fracaso a partir de reconstrucciones históricas que impugnan el proyecto de nación liberal moderna que resultó hegemónico durante el siglo XIX”. (Terán,2004;227).

Muchos de esos “desencantados” con la República Liberal, colocarán a la nación como *eje articulador de todo su pensamiento*, y la soberanía nacional como “el valor político supremo”, promoviendo una recuperación del legado hispánico-católico (Terán,2004;231). En general, para responder a los *motivos de la crisis*, la corriente que se va a conocer más tarde como “Revisionismo”, acudirá a la historiografía para encontrar una respuesta.

Pero no sólo la crítica al liberalismo será lo que aglutinará a muchos intelectuales en nuevos enfoques, sino que será probablemente la crítica al *imperialismo*, y sobre todo a la *política británica* lo que concentrará las mayores fuerzas de reflexión sobre la coyuntura del mundo para los primeros revisionistas. De hecho, en un ejemplo que nos interesa mucho por los personajes que abordaremos, Galasso cita un artículo de Scalabrini Ortíz, publicado en el semanario *Señales (económicas, financieras y sociales)* de febrero de 1935, el cual llama poderosamente la atención de Arturo Jauretche, donde se manifiesta el “anti-imperialismo concreto” que caracterizará tanto a Scalabrini, con verdades económicas “fundadas en el dato estadístico y la experiencia de la calle”, tan lejano del anti-imperialismo abstracto y declamatorio de la izquierda socialista (Galasso,2000;29), y lo que hará que el pensador se acerque a ese grupo en formación que más tarde constituiría de alguna manera la génesis de *FORJA*.

La *Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina* (FORJA), nace como una corriente interna del radicalismo a partir de 1935, retomando el ideario irigoyenista, elaborando una “crítica implacable” al régimen semicolonial agroexportador dependiente del *imperialismo* británico. Se dedicó con notable fuerza y seriedad a la investigación político-social, trabajos que se publicaban en los famosos “cuadernos”, conferencias y debates que se realizaban en un sótano ubicado en Lavalle 1725 (Pavón,2012;26). Tuvo como orientadores ideológicos a Scalabrini Ortiz y Arturo Jauretche, quienes a partir de 1945, al igual que muchos “forjistas”, se incorporan al naciente peronismo, disolviéndose FORJA (Galasso,2006;18).

En palabras del propio Jauretche, FORJA fue una obra de elaboración colectiva. Ellos se proponían como “impugnadores” de los ocultamientos producidos por el uso ideológico de la división del saber (Ford,2006;103). Por eso su labor intelectual fue tan compleja y difícil, ya que no sólo proponían mirar antagónicamente las propuestas culturales del centrismo europeo, sino que de **desmenuzar críticamente toda una forma de conocimiento**, con miras a contruir una forma de ver las cosas “desde aquí”, desde una “posición nacional”, como lo llama Jauretche. Para ello es necesario primero conocernos, consolidar nuestra identidad, saber quienes somos, para luego sí, comenzar a *conocer*. Como nos dice Ford, es una *corrección epistemológica*, un problema, anterior a la discusión doctrinaria.

“Del diagnóstico en nuestra cultura de una patología epistemológica, pues el énfasis que tanto Jauretche como Scalabrini ponen en el análisis de las formas en que aprehendemos las cosas, resulta considerar que debido a la “colonización pedagógica”, el argentino decodifica erróneamente su propia realidad” (Ford,2006;105).

Es decir que los agentes de la **superestructura cultural** de nuestro país por aquellos años, la *intelligentsia*, poseía una clara incapacidad para leer la propia realidad desde adentro (Ford,2006;106). Por ello hay en Jauretche un intento de “volver” a las formas populares de conocimiento, al sentido común, al análisis de la realidad con el auxilio del buen razonamiento. Norberto Galasso, quien más ha estudiado las biografías intelectuales de los dos referentes más importantes de FORJA, Scalabrini Ortiz y Jauretche, apunta que fue una forma de desnudar la política de la historia que elaboraba la clase dominante (Galasso,2006;17).

Anibal Ford, indagando sobre los inicios del *forjismo*, plantea que jóvenes radicales como Homero Manzi, Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche se unen luego de 1930 en torno de las del abstencionismo activo, de la impugnación de las corrientes anti-personalistas y alvearistas, del seguimiento del Yrigoyen del final, quienes habrían de producir “un cambio epistemológico cualitativo” en la manera de conocer, interpretar, analizar la Argentina (Ford, 2006:102). Esto lo hicieron, a partir de un análisis minucioso de la *estructura de la dependencia de Inglaterra*, al desmenuzar el estatuto del coloniaje todo el andamiaje de colonización pedagógica imperante en la educación formal e informal de nuestro país.

“Tanto Scalabrini Ortiz como Jauretche eran hombres de acción; escritores, periodistas, políticos. Pero durante esos años Scalabrini volcaría su mayor esfuerzo en la investigación económica, mientras que Jauretche lo haría en la acción política, la tribuna callejera” (Ford,2006:102).

Pablo Adrián Vazquez nos dice que ante el deterioro político argentino es que esos años de mediados del treinta un grupo de jóvenes irigoyenistas decide impulsar la línea interna opositora del alvearismo, donde está la génesis de FORJA (Vazquez,2012:169). No estará entre sus filas Scalabrini Ortiz, porque era condición ser afiliado radical, pero de

todos modos es un claro representantes de la idiosincrasia intelectual del grupo, el cual declara en su *Asamblea Constituyente del 29 de junio de 1935*:

*“Somos una Argentina Colonial: queremos ser una Argentina Libre.
Declara:*

1. Que la tarea de la nueva emancipación se lo pueda realizarse por la acción de los pueblos.

2. Que corresponde a la Unión Cívica Radical, ser el instrumento de esa tarea, consumando hasta su totalidad la obra trunca por la desaparición de Hipólito Yrigoyen.

3. Que para ello es necesario en el orden interno del Partido, dotarlo de un estatuto que, estableciendo el voto directo del afiliado auténtico y cotizando, asegure la soberanía del pueblo radical, y en orden externo, precisar las causas del enfeudamiento argentino al privilegio de los monopolios extranjeros proponer las soluciones reivindicadoras y adoptar una táctica y los métodos de lucha adecuados a la naturaleza de los obstáculos que se oponen a la realización de los destinos nacionales.

4. Que es imprescindible luchar dentro del Partido, para que este recobre la línea de principismo e intransigencia que lo caracterizó desde sus orígenes, única forma de cumplir incorruptiblemente los ideales que le dieron vida y determinan su perduración histórica al servicio de la Nación Argentina.”

11

El *forjismo* también será un “puente de llegada” de mucha prédica *aprista*, ya que las vinculaciones entre Haya de la Torre y el radicalismo fueron fluidas desde la Reforma Universitaria del 18 (Vazquez, 2012; 175).

¹¹ Ver: Vazquez, Pablo Adrián (2012). *Forja, el nacionalismo antimperialista y el conflicto entre la cultura liberal y la cultura católica*. En: O'Donnell, Pablo (2012). *La Otra Historia. El Revisionismo nacional, popular y federalista*. Ariel. Buenos Aires. En la declaración también se incluye: 1. *Que el proceso histórico argentino en particular y Latinoamérica en general, revelan la existencia de una lucha permanente del pueblo en procura de su Soberanía Popular para la realización de los fines emancipadores de la Revolución Americana, contra las oligarquías como agentes de los imperialismos en su penetración económica, política y cultural, que se oponen al total cumplimiento de los destinos de América.* 2. *Que la Unión Cívica Radical ha sido desde su origen la fuerza coordinadora de esa lucha por el imperio de la Soberanía popular y la realización de sus fines emancipadores.* 3. *Que el actual recrudecimiento de los obstáculos supuestos al ejercicio de la voluntad popular corresponde a una mayor agudización de la realidad colonial, económica y cultural del país”.*

El proceso de politización de los intelectuales se hizo cada vez más evidente, acelerándose con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, influyendo cada día más en la dinámica del propio campo, e incluso “monopolizando” en gran parte el contenido de los debates, lo que “claramente iba en detrimento de la anhelada autonomía” (Fiorucci,2012;22).

“En la SADE la radicalización se tradujo en el abandono del apoliticismo que la institución había levantado como una bandera identitaria. En la Revista Sur la politización se expresó en la forma de una toma de partido abierta. Sur, que se decía ajena a la política, publicó numerosos artículos y colaboraciones que hicieron pública la preferencia del grupo por los aliados (...). El Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES) también acentuó en el período su perfil político. La Revista Nosotros se abocó a la defensa de la democracia y publicó varias páginas al respecto” (Fiorucci,2012;22).

Es por ello que cuando el peronismo amanezca como régimen, tendrá que lidiar con un campo intelectual con márgenes aún de autonomía (y por lo tanto poco abordable desde el gobierno), pero radicalizado y fuertemente politizado.



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

2. 1. 2. La cultura y los intelectuales durante el Peronismo.

Es claro que Perón no confiaba mucho en los intelectuales, manteniendo con ellos una relación compleja, difícil, a pesar que, como veremos, Perón fue sin dudas uno de los *presidentes intelectuales* más claros en asumir el rol del “pensar y enseñar”, en toda nuestra historia (Pavón,2012;30). Debemos tener en cuenta que el *campo intelectual* en la década del 40 no estaba signada por la especialización disciplinaria, por lo tanto su propia dinámica hacía que existiera una heterogeneidad de figuras que se autoidentificaran como “intelectuales”, a lo que debemos sumar, como apunta Fiorucci, que el saber universitario “no se había afianzado todavía como fuente de legitimidad para intervenir públicamente” (2011;14).

En uno de los trabajos recientes más importantes sobre intelectuales y peronismo - nos referimos a la investigación de Federico Neiburg titulado *Los intelectuales y la invención del peronismo*- el autor nos dice que el *intelectual peronista* “es una figura poco estudiada en la historia social argentina” (Neiburg,1998;68), categoría aplicada a figuras muy disímiles, como el caso de Hernández Arregui o Jauretche. Como bien sabemos, sobre el Peronismo Clásico (1946-1955) existen un universo de investigaciones en cada campo que trabajemos. En el caso particular de la cultura y la intelectualidad por aquellos años, las visiones tienden a polarizarse de acuerdo al prisma ideológico desde el cual se analiza la política de Perón.

Como lo ha trabajado Miguel Ángel Barrios (1999), el peronismo surge como movimiento político tratando de *brindar una serie de respuestas* a las tensiones del país, las cuales pueden sintetizarse, en diferentes órdenes, según el impacto en la cosmovisión intelectual:

- 1) *Tensión del orden internacional*, en torno al fin de la Segunda Guerra Mundial e inicio de un nuevo ciclo global, lo que trae aparejado un frondoso debate sobre el rol de la Argentina ante el mundo.
- 2) *Tensión de orden socioeconómico*, lo que trae aparejado los debates referidos al crecimiento económico, la independencia de los recursos y su distribución, etc.
- 3) *Tensión de orden institucional*, sobre los límites y alcances del poder político (Barrios, 1999;267-268).

La mayoría de los intelectuales nacionalistas conservadores habían apoyado al régimen de 1943 – 1946, teniendo entre ellos “diversos grados de simpatías” hacia Perón (Di Tella,2001;134). Nos dice Elena Piñeiro, que el discurso peronista había tomado todos los temas del nacionalismo (Piñeiro,1997;326). Los primeros intelectuales que apoyaron al

Perón candidato provenían del *movimiento nacionalista*, corriente doctrinaria que como nos dice Fiorucci, desde su génesis en 1920 cuestionaba los principios que habían servido “*de sustrato ideológico al proceso de construcción de la nación, específicamente aquellos asociados al liberalismo*”, tanto político como económico (Fiorucci,2012;91).

“En la Argentina, los nacionalistas se identificaban con el hispanismo, apartándose del cosmopolitismo propio de los liberales argentinos; rescataban la religión católica como parte central de la identidad nacional y condenaban la injerencia extranjera tanto en la economía como en la política local. Algunos de los nacionalistas expresaban abiertamente sus simpatías por el fascismo europeo y el corporativismo del Estado” (Fiorucci,2012;91).

Los sectores tradicionales católicos mantuvieron la presencia que dentro del espacio público habían adquirido en los años treinta (Bianchi,2001;85). Puede cotejarse esto en palabras de la especialista Susana Bianchi, en la presencia constante del Cardenal primado de la Argentina, Santiago Luis Copello, en todos los actos públicos, a lo que hay que sumarle la “publicitada asistencia de Perón y de su esposa a misas de campaña”, incluyéndose un oficio religioso en la primera celebración del 17 de Octubre, se designa a la Virgen de Luján protectora de la Policía Federal, se entroniza su imagen en todas las estaciones ferroviarias del país, etc.

Entre otras cosas el catolicismo observaba que la *peronización* de los sindicatos era una manera de contener al avance del comunismo, aunque mantenía reparos en referencia a otros temas como la estatización, y el abordaje de las barreras sociales, viendo al peronismo como un factor de licuación de las mismas. En otras palabras, los sectores conservadores del catolicismo debían digerir la sensación de cierta amenaza ante el “*irrefrenable avance de los advenedizos que estaban cambiando velozmente la fisonomía de la sociedad y que encontraban el aval de este avance en las esferas mismas del nuevo poder*” (Bianchi,2001;88).

“Si bien Perón descartó desde un primer momento la utilidad que el apoyo de los sectores tradicionalistas católicos podían brindarle porque los consideraba un escollo molesto por su rechazo de la política y su elitismo

manifiesto, no rechazó el de la corriente que desde mediados del 45 se denominaba a sí misma como nacionalismo yrigoyenista, por cuanto esta corriente tenía para esa época características más populares y aceptaba la vía democrática como medio de acceder al poder” (Piñeiro,1997;326).

El nacionalismo de Perón era un **nacionalismo populista**, más próximo al forjismo (Piñeiro,1997;326). De todos modos, como bien nos dicen Cisneros e Iñíguez, la magnitud “de la influencia del pensamiento nacionalista argentino sobre Perón”, es difícil de establecer (2002;135). Algunos nacionalistas se sumaron al peronismo porque lo identificaban como el “mal menor”, pero otros, por el *catolicismo militante* del primer Perón, el cual conservará elementos de la filosofía católica a lo largo de todo su gobierno, y una fuerte inspiración en las encíclicas papales.¹²

Carlos Piñeiro Iñíguez habla de Perón como un “divisor de aguas nacionalistas”. Según el autor, las relaciones de amistad entre los nacionalistas tradicionales y los populares de FORJA se tensionan en estos años, siendo una injusticia que los nacionalistas clásicos se presenten (en palabras de Miguel Ángel Scena) como los “únicos precursores ideológicos de la revoluci3 juniana, atribuyéndose todos sus méritos positivos”, ya que el aval forjista fue no menos importante (Iñíguez,2010;426).

Incluso los intelectuales nacionalistas que eran marginados por gran parte de la intelectualidad de la época, crearan a fines de 1945 su propia organizaci3n colectiva, la ADEA, la *Asociaci3n de Escritores Argentinos*, sumándose un importante grupo de intelectuales, los cuales a pesar de su declarado “apoliticismo”, se plegaran abiertamente en un apoyo al gobierno, lo que redundará en una desacreditaci3n para los no peronistas, ignorándolos la prensa, y gran parte del arco intelectual reconocido por aquellos años, por asumir a la organizaci3n como estrictamente política de fervorosa defensa del régimen, e incluso de transformarse en un instrumento de propaganda.¹³ A partir de 1950 comienza a verse como muchas empresas culturales, como el caso de ADEA, o de la propia *Revista Hechos e Ideas*, se van transformando, perdiendo quizás la raz3n inicial que las funda, y desplazando las “plumas más renombradas”, comienzan a ser reemplazadas por “propagandistas y figuras menores” (Fiorucci, 2012;108). Indicador claro del “fracaso” de

¹² En otras investigaciones hemos analizado la influencia de las encíclicas papales en la elaboraci3n doctrinaria, donde encontramos un ejemplo paradigmático, y es en la construcci3n de las famosas *20 Verdades Justicialistas* emanadas desde 1950, donde el abogado y erudito santafecino Berraz Montyn, realiza un trabajo de fundamentaci3n cristiana de las mismas en 1951.

¹³ A partir de 1950 la ADEA conmemorará el día de la lealtad y dará muestras claras de su devoci3n por Perón.

ADEA, y de su *peronización*, es la creación de una nueva organización, la SEA, que tampoco tuvo un destino más exitoso (Fiorucci,2012;108), e incluso llega a disputarse con la primera, el derecho de representar a los “escritores nacionales”, o sea, peronistas.

El régimen llevó adelante una reforma de la administración cultural, lo que incluso implicó de alguna manera *un cambio de paradigma* de toda la visión cultural. Desde el punto de vista institucional, el organismo encargado de la gestión cultural fue la Subsecretaría de Cultura, que luego pasaría ser la Dirección de Cultura, la cual tenía como función primordial la de “*definir la política cultural oficial tanto con relación a los consumidores como a los creadores culturales*” (Fiorucci,2011;29), es decir, que tenía como objeto *intervenir sobre el campo intelectual*, consolidando lo que pudiera considerarse por aquellos años la “cultura legítima”, para lo cual, justamente, transforma la **burocracia cultural** como primera gran medida, y entre otras cosas, separa de la cartera de Justicia todo lo relacionado con la política educativa (Puiggrós,1993;126).

Las labores de la Subsecretaría de Cultura (Bibliotecas populares, museos nacionales, Comisión de Monumentos y lugares históricos, teatro, etc), entrarán rápidamente en tensión con la dinámica del campo intelectual.

La relación del peronismo con la cultura, y sobre todo con la intelectualidad ha sido trabajado recientemente por Flavia Fiorucci, quien ha indagado sobre la intrincada relación de los intelectuales con el régimen del peronismo histórico. Con respecto a las reformas institucionales, Fiorucci nos dice:

“Si el objetivo del Estado era crear una burocracia con capacidad de reorganizar el campo cultural, los pasos seguidos resultan, si no objetables, por lo menos torpes y dejan adivinar cierto desconocimiento de las leyes que regían las dinámicas del mundo intelectual. Esta torpeza fue evidente en el elenco de funcionarios escogidos para gestionar las nuevas dependencias estatales” (Fiorucci,2011;32).

Una de las características de esa *transformación cultural* propiciada por el peronismo, está dada por la paradoja de no haber escogido a figuras de máximo prestigio en dicha labor, incluso de intelectuales nacionalistas que apoyaban al gobierno, como apunta Fiorucci, convocando a figuras “menores” y de poco reconocimiento en la comunidad (Fiorucci, 2011;35).

Según Halperín Donghi, el régimen no busco ni la expansión académica ni la elasticidad de los pensadores, generándose un cuestionamiento intelectual por parte de los universitarios por los supuestos ataques a la libertad de pensamiento (Donghi, 1961;62), asumiéndose en general a todo el espacio académico como una “amenaza política” (King,1989;165).

Mangone y Warley (1984), quienes investigaron en profundidad la política universitaria del Peronismo, apuntan que a pesar de la expansión de la matrícula universitaria, la ley 13.031 sancionada en 1947 (año clave en el que se inicia la coyuntura analizada), resume y da cuerpo legal “a la política que el peronismo implementaría en al Universidad a lo largo de la década”, ley que tiene como objetivos básicos:

“El desplazamiento de los postulados de autonomía y cogobierno que levantaba la Reforma de 1918, allanando el camino para permitir la intervención estatal directa en las casas de estudio. (...) La Ley 13.031 establecía un sistema de elección de autoridades mediante el cual aseguraba que los resortes básicos del gobierno universitario estuvieran en manos del estado.”(Mangone-Warley,1984;27-28).

Mangone y Warley toman las opiniones de Jorge Abelardo Ramos y Juan José Hernández Arregui, a quienes llaman “voceros del peronismo”, para explicar que el gobierno no logró hacer buen pie en la Universidad debido al “error” de permitir el acceso abrupto de sectores eclesiásticos, conjugado con la enseñanza oficial de símbolos y valores del justicialismo, buscando *peronizar* las Casas de Estudio, en lugar de nacionalizarlas. El resultado para estos autores, fue el alejamiento de muchos profesores, incluso liberales, de probada capacidad, permaneciendo los “menos brillantes” (Mangone y Warley,1984;30).

Como nos dice Galasso, el gobierno militar cometió un error en “disputar con los estudiantes universitarios”, respondiéndoles con represión (como cita Jauretche en una carta que le envía a Perón), cuando debió “*dar polémica ideológica desde una auténtica posición democrática, recurriendo a los Scalabrini Ortiz, los Hernández Arregui y al propio Jauretche*” (Galasso,2005;352).

Una de las labores más destacadas de la nueva institucionalización de la cultura, es la creación de la llamativa *Junta Nacional de Intelectuales* en 1948, con el fin de promover la creación artística y científica (Pavón,2012;32), y donde llegaron a sumarse intelectuales

importantes como Marechal, Vigil, Cambours Ocampo, Anzoátegui, Soiza Reilly y Enrique Pavón Pereyra (Poderti,2010). Pero en este proyecto también, es donde se evidencian ciertas torpezas por parte del régimen, que vuelven contraproducente el objetivo de “sumar voluntades” al proyecto político, al menos en lo que atañe a los intelectuales del ámbito académico que no se identificaron con el gobierno desde su génesis.

“Oportunamente, varios escritores habían reclamado al presidente Perón por la rpecariedad de la situación económica del sector. Éste había respondido con el proyecto de la Subsecretaría y al promesa de uan futura junta, que se iba a ocupar de los problemas del sector (...). No obstante, el proyecto, cuando fue elaborado, no pudo sustraerse a las lógicas verticalistas que sominaban el accionar del régimen en otros ámnitos y su suerte quedó sellada” (Fiorucci,2011;36).

En esa perspectiva, en Septiembre de 1950, el Congreso de la Nación promulga la ley que establece que el poder ejecutivo debía *reglamentar* el funcionamiento de las académicas, sancionándose el respectivo decreto recién en 1952. A partir de 1950, las estrategias del estado con los intelectuales comenzarán a adquirir “un cariz más unilateral” (Fiorucci,2012,40), lo que implica que el gobierno agotó las estrategias de cooptación. De todos modos, destaca la autora que el carácter “más represivo” que fue adquiriendo el régimen, no resultó en “cismas intelectuales”, ya que las figuras que comienzan a alejarse siguen siendo peronistas, de un “peronismo privado”, y optan por alejarse de la vida pública, sin convertirse en opositores.

*“Es en ese entonces cuand es posible registrar **una mayor recurrencia de poíticas y de acciones estatales claramente censuradoras** y de confrontación, probalmente alimentadas por la indiferencia y el rechazo a las propuestas previas. Varias instituciones de la cultura local como la SADE, el Museo Social o el CLES comenzaron a sufrir diferentes episodios de censura”* (Fiorucci,2012;40).

Durante esos años también, se observan los cambios de política que el gobierno tendrá con la esfera cultural, a la cual comienza a asumir como parte de la política propagandística del régimen. De hecho, quien es nombrado *Director de Cultura*, el

desconocido Raúl de Oromí, es quien había trabajado como segundo de Raúl Alejandro Apold en la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación. Como lo ha analizado casi con carácter de pionero Alberto Ciria (1983), y más recientemente Marcela Gené (2008), la *mediación* ejercida por el aparato de propaganda fuertemente institucionalizado, tuvo un impacto contundente en la construcción de la cultura popular identitaria del peronismo, herramientas que se profundizan y robustecen a lo largo del segundo gobierno.

Incluso para varios autores se evidencia que ante el fracaso de cooptación de intelectuales consagrados, o ante el desinterés de Perón sobre la “cultura de elite”,¹⁴ el régimen busca crear sus propios cuadros artísticos e intelectuales, con iniciativas como la del fomento del teatro popular,¹⁵ el folklore,¹⁶ y el cine,¹⁷ entre otras medidas. Como nos dice Vistro Sonego (1994:284), el movimiento justicialista comenzó a verse como “anti-liberal, anti-intelectual y anti-europeizante”.

Culturalmente la Argentina estaba hegemonizada por una visión claramente liberal (como podrá verse en el campo historiográfico más adelante en el trabajo), y el gobierno tendrá la difícil tarea de incorporar cambios que serían asumidos como abruptos. Como nos dice Galasso, los libros en la Argentina de 1945 están constituidos por:

“La historia mitrista, el liberalismo económico, la literatura preciosista y de evasión, la geopolítica colonial, el derecho oligárquico, el enciclopedismo escolar, el racismo anti-latinoamericano, en fin, todo lo que nutre esa malhadada civilización que supone bueno todo lo importado y negativo todo lo autóctono, de donde civilizar equivale a desnacionalizar, según enseño Jauretche” (Galasso, 2005:352).

¹⁴ Según Jhon King, quien realiza una profunda investigación sobre la *Revista Sur*, Perón no produjo una poderosa alternativa cultural a Sur, incluso no fue visto este emprendimiento como “amenaza”, en contraste con los órganos culturales de masas de la prensa oficial. Ver: King, Jhon (1986), *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultural 1931-1970*. FCE. Bs As.

¹⁵ Sobre el teatro popular durante el Peronismo Clásico, hemos indagado en dos trabajos del Instituto de Investigación en Ciencias Sociales: Lavallén Ranea, Fabián (2009). *Imágenes teatrales del Peronismo*. En: *Documentos del Programa de Estudios e Investigación en Imaginario Universal Social y Universal Justicialista* (ISSN 1852-2734). IDICSO – USAL. AHRI/B4. Bs As./ Lavallén Ranea, Fabián (2009). *Imágenes y Símbolos del Peronismo*. En: *Documentos del Programa de Estudios e Investigación en Imaginario Universal Social y Universal Justicialista* (ISSN 1852-2734). IDICSO – USAL. AHRI/B1. Bs As.

¹⁶ Recordemos que entre otras cosas, se crea el *Instituto del Folklore*, se decreta el 10 de noviembre como *Día de la Tradición*, se crea una orquesta de música popular, y se decreta la obligatoriedad de emitir un 50% de música nacional en las salas de espectáculos.

¹⁷ Para un análisis de la presencia del estado en la producción de largometrajes durante el Peronismo Clásico, ver la profunda investigación de Kriger, Clara (2009). *Cine y Peronismo. El estado en escena*. SXXI. Bs As.

Por eso nos dice Galasso que los trabajadores, aunque no han analizado críticamente aún ese pensamiento dominante, que luego más tarde sí lo harán varios pensadores nacionales, tuvieron por experiencia un “reticencia especial” para con los libros, una desconfianza de “los leídos”, sospechas de los grandes códigos, y las sesudas conferencias de ministros y juristas consagrados (Galasso,2005;352). Del mismo modo, para poder pensar o leer, primero es indispensable, siguiendo con Galasso, “tener los pies protegidos”.

El régimen como vemos, tuvo dificultades para relacionarse con el campo intelectual, pero del mismo modo, las transformaciones institucionales y la nueva cultura política en formación, impactará notablemente en la dinámica del campo. Puede verse en la politización de muchos espacios como ya se ha citado, y en general en la politización del propio debate intelectual. Además, como nos dice Fiorucci, las identidades políticas se convirtieron en un criterio “de demarcación insoslayable para determinar ámbitos de sociabilidad y jerarquías” (Fiorucci,2012;71). Por ende, el peronismo comenzó a *interferir en la cultura modificando jerarquías propias del campo*, imponiendo de alguna manera la lealtad al régimen como criterio a la hora de premiar o sancionar.

Lo que sin dudas polarizó aún más dicho campo, fue la creación de la *Junta Nacional de Intelectuales*, lo que fue asumida por muchos pensadores de prestigio como una manera abrupta de intervenir la cultura modificando las estructuras tradicionales de reconocimiento académico e intelectual.¹⁸ La Junta, recordemos, llega a elaborar un polémico “estatuto del trabajador intelectual”, que por un lado atiende reclamos sectoriales fidedignos, pero por otro incorporaba disposiciones que atentaban contra la libertad de expresión (Fiorucci,2012;79). La SADE por ejemplo, se opuso enérgicamente a la creación de la Junta, negándose a integrar la misma (a la que había sido invitada, o al menos a participar de la organización de su estatuto).¹⁹

Además, en el ámbito intelectual, el peronismo se transformó en un tema central de análisis “de la problemática argentina”, como es con el caso de José Luis Romero, quien posteriormente indagaría sobre *tipologías* para encuadrar al gobierno (Di Tella,2001;134).

En parte lo que tiende a modificarse es el prisma clásico liberal, lo que se pone en debate tanto desde el plano económico como cultural, lo que sin dudas implicará un

¹⁸ No llega a materializarse en una ley o decreto.

¹⁹ En 1950, año coyuntural del peronismo desde el punto de vista de la vida intelectual, Jorge Luis Borges asume como presidente de la SADE.

antagonismo y una pugna que trasciende lo estrictamente político. Comienza a producirse una fisura entre los pensadores, que evidencia un cambio de paradigma general, o al menos un intento de modificar sustancialmente la manera de ver lo colectivo y el mundo. Y como muchos cambios, el origen de esas transformaciones sobre la percepción global, comienza con la nueva mirada sobre el pasado, con una modificación importante de lo que es nuestra historia, y por lo tanto de lo que somos.

Como nos dice Marcelo Gullo, la *segunda insubordinación ideológica* en nuestro hemisferio, se opera con la **corriente revisionista** originada en el Río de la Plata. En dicha corriente es asimismo donde podemos ver la aparición de muchos de los principales intelectuales forjistas que van a sumarse al proyecto de *Hechos e Ideas*, y donde tendrán enorme trascendencia Jaurteche, Scalabrini Ortiz, Hernández Arregui, Sampay, Jose María Rosa, Puiggrós, Fermín Chávez, Methol Ferré, y José Luis Torres entre otros. Una de las características más importantes de esta corriente, será la de descubrir “*el instrumento principal a través del cual Inglaterra había logrado la subordinación ideológico-cultural de la América española, y de la Argentina en particular, había consistido en la falsificación de la historia*” (Gullo,2012;32-33). Es desde ese espacio desde donde se propondrá la “impugnación” de los ocultamientos producidos por el uso ideológico de la división del saber, de la que nos hablaba Ford anteriormente (2006;103). Son los revisionistas, sobre todo forjistas, lo que proponían “mirar antagónicamente” las propuestas culturales del centrismo europeo, desmenuzando críticamente todo saber histórico, con miras a contruir una forma de ver las cosas “desde aquí”, desde una “posición nacional”, como lo llama Jaurteche. Esa es la corrección epistemológica citada.

Pablo Vázquez (2012) nos dice que la Revolución del 4 de junio de 1943 encontró a FORJA como el único grupo político que apoyó a los militares del GOU, incluso que los ideólogos del golpe se formaron con los *Cuadrenos* de FORJA, “amén de que algunos miembros tuvieron contacto con los forjistas” (Vázquez,2012;171). De hecho, a partir del triunfo de Juan Perón, varios dirigentes forjistas se incorporarán al peronismo ocupando distintos puestos en la administración pública, y hasta en la legislatura, sobre todo en el gabinete del Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Domingo Mercante.

En numerosas fuentes se refiere sobre el contacto temprano de Perón con los forjistas, habiéndose entrevistado el propio líder con López Serrot, Musitani, Homero Manzi, Alejandro Leloir, hasta Ricardo Balín, y Arturo Jauretche (Iníiguez,2010;430).

“Lo cierto es que el nuevo régimen, aun entre contradicciones, concretó muchos anhelos de FORJA. Hoy parece innegable que FORJA tuvo mucho que ver con advenimiento del peronismo, tanto por su larga prédica en la calle y asambleas tribunas como por sus impresos, que introdujeron el tema de la emancipación económica en la conciencia popular”. (Iñíguez,2010;432-433).

Partimos del supuesto entonces, que el Peronismo logró articular una *insubordinación* o resistencia inicial a las pautas políticas y culturales del *sistema mundo*,²⁰ constituyéndose en un nuevo marco de referencia, lo que logra plasmarse en una serie de políticas de Estado, dando inicio a la consolidación de una matriz totalmente renovadora,

El *forjismo* y el *revisionismo*, quizás intrínseco uno del otro, otorgarán rasgos decisivos esta ideología del régimen, incluso antes que el mismo se defina integralmente desde el punto de vista doctrinario. El revisionismo gravitará en el pensamiento de Perón desde su formación militar, como lo enfatiza Gullo en otro de sus trabajos, *Perón, teniente rosista y presidente sanmartiniano* (2012b) donde indaga sobre la “temprana adscripción del joven Perón a la figura de Juan Manuel de Rosa”^s y al revisionismo, lo que puede documentarse en cartas personales del líder, en manifestaciones privadas, y en declaraciones públicas posteriores a su gobierno.

“Por otra parte, Perón, apostando al largo plazo, estaba seguro de que los argentinos se harían una idea más acabada, tanto de las condiciones morales como de los resultados de la interesada administración de Bernardino Rivadavia” (Gullo,2012b;189).

Pero sabiendo Perón que la Argentina no estaba preparada para una “desacralización” de las figuras impuestas por el *mitrismo*, lo que hace es ubicar a San Martín como figura central de la historia argentina, con lo cual, los conciudadanos “llegarían, por fin, al conocimiento de documentos históricos sustanciales como la correspondencia epistolar entre San Martín y O’Higgins, y entre San Martín y Rosas” (Gullo,2012b;189).

Por eso se tomaron medidas tenues, aunque de fuerte simbolismo, como por ejemplo, entre otras cosas, en el marco del aniversario del nacimiento de San Martín, el

²⁰ Desarrollamos la *Teoría del Sistema Mundo* de Immanuel Wallerstein en capítulo 2.4.

gobierno decide rebautizar la calle Carlos María de Alvear como Avenida Libertador. A lo que podemos agregar que durante la segunda presidencia se lleva a cabo el “primer homenaje oficial a los héroes de la Vuelta de Obligado”, por resolución del gobierno provincial. Hernández y D’Antonio (2012) nos dicen que el revisionismo fue fundamental para personajes tan importantes para el régimen como Cooke y Palacio, dos legisladores con funciones importantes en lo partidario, y donde encontraban un gran escollo, por las resistencias de los que aún miraban el pasado desde la óptica mitrista. Como nos dice Galasso, desde el punto de vista historiográfico, llega a ocupar cierto espacio cultural reconocido el revisionismo rosista durante los años del Peronismo Clásico, aunque logra “divulgar su concepción al resto de la sociedad” (Galasso, 2006; 19).

En lo que hace al pensamiento latinoamericano, el rol de Manuel Ugarte fue trascendental para el peronismo, como lo enfatiza uno de los más sistemáticos investigadores de la relación del pensador con el líder, Miguel Ángel Barrios:

*“El movimiento peronista en la dimensión trazada por los nacional-populismo impulsa el continentalismo como rasgo de la alianza sudamericana. En esta hipótesis **ubicamos a Manuel Ugarte como uno de los pensadores que influyó en la formación del líder en la elaboración de su concepción latinoamericana**, cumpliendo nuevamente como en el caso del APRA, el rol de Polea- Transmisora entre el bolivarismo hispanoamericano del siglo XIX y los latino-americanismos de los movimientos nacional-populares, en este caso el justicialismo”* (Barrios, 1999; 271).

A pesar de todo lo dicho, no podemos ver homogeneidad en lo propuesto para dicho campo intelectual desde el gobierno, como tampoco existe homogeneidad entre quienes se acercan al régimen. Sí puede verse que muchos comienzan a compartir ciertos postulados oficiales centrales, e incluso algunos se adhieren públicamente de manera temprana, entre ellos, Leopoldo Marechal, Horacio Rega Molina, José María Castiñeira de Dios, Oscar Ponferrada, y la notable escritora María Granata, de quien tomaremos el interesante trabajo *Pueblo y Peronismo*.

En la imagen que comienza a formarse sobre los intelectuales durante el Peronismo, se agiganta esa brecha entre cierto “elitismo liberal” expresado a través de los medios

hegemónicos representativos de la “alta cultura” (*La Nación*, *La Prensa*, *Revista Sur*, etc), y los oficialistas que critican la sesgada expresión cultural de éstos. Lo que más se le critica a estos “ilustrados” es sobre todo su impronta aristocrática, lo que también criticará parte del sector universitario, donde el régimen tuvo claras complicaciones para llevarle su propaganda, y consolidar una imagen legítima ante ellos. Como nos dice Silvia Sigal, la penetración y sobre todo “la eficacia de la propaganda del régimen fue infinitamente menor en la Universidad que en la enseñanza primaria y secundaria” (Sigal, 2002; 507-510). Podríamos decir, que lo reconocido como “mundo intelectual”, en parte le da la espalda al gobierno, y como dice Flavia Fiorucci, éstos describieron al peronismo como “un régimen inhóspito para la vida cultural e intelectual”.²¹ Pero esto no implica una oposición monolítica de los pensadores. Como nos dice Gramuglia, cuando aparece una publicación como *Sexto Continente* (1949-1951), nos permite repensar la relación entre los intelectuales y el pensamiento oficialista en los años del primer peronismo, para “revisar o matizar” la idea de una oposición completa del campo intelectual.

“Escritores provenientes de un amplio arco nacionalista asumieron un proyecto latinoamericanista cuyas bases ideológicas coincidían con las líneas generales del movimiento liderado por Juan Domingo Perón. Así concebida, la revista, que pretendía intervenir en el campo cultural, elabora un sistema crítico orientado a la evaluación política de los textos literarios. En este ensayo elaboramos estas hipótesis preliminares a partir del análisis de sus dos primeros números.”

Sexto Continente, dirigida por Cascella y Alicia Eguren, para Gramuglia puede considerarse en su conjunto como “la expresión de un grupo intelectual”. En este colectivo se advierten ciertos “núcleos temáticos” de clara filiación cercanos al peronismo (representados por filas de distintas versiones del nacionalismo): católicos, autoritarios-fascistas, populistas, forjistas, demócratas y un núcleo importante de historiadores revisionistas.

²¹ Además del libro referido anteriormente, la autora lo trabaja también en Flavia Fiorucci (2007); “*La administración cultural del Peronismo. Políticas, intelectuales y Estado.*” Latin American Studies Center. University of Maryland, College Park. Working Paper No. 20. (<http://www.lasc.umd.edu/Publications/WorkingPapers>).

*“Así, pese a que el peronismo (por lo menos en su primera época) como tal no constituía una **unidad compacta en sus aspectos ideológicos** -debido, en parte, a que por su reciente conformación como movimiento aglutinaba también un arco amplio de corrientes políticas- sino que más bien se limitaba a un conjunto de principios cuyos borrosos límites no impedían una unidad de acción, en Sexto Continente se logra amalgamar algunos de esos principios a partir de una armazón teórica más compleja. Es decir, si bien en gran parte continúan el discurso peronista y lo expanden, también es permanente la preocupación de dotarlo de una base más sólida; en particular, existe la preocupación por dar cuenta de una concepción antropológica del hombre como “hombre nuevo”, unido esto a un latinoamericanismo beligerante y cierto espiritualismo racial, en la línea del pensamiento preconizado en el Río de la Plata por José Enrique Rodó -y continuado, en México, por uno de los “directores para América Latina” de la revista: José Vasconcelos.” (Martínez Gramuglia)*

Como veremos en el apartado abocado a la *Memoria* y al *Pasado*, en el trabajo titulado *Usos políticos de la historia*, del reconocido historiador José Carlos Chiaramonte, la cultura argentina estaba fuertemente influida por corrientes que “*por razones éticas, postulaban una estrecha y necesaria vinculación de la Historia con los intereses de un sujeto colectivo*”, que dependiendo de la postura ideológica, podía ser entendido como “pueblo”, “proletariado”, o “nación”. Esto indudablemente estaba vinculado al reconocimiento, que la respuesta a las inquietudes historiográficas tenían que ver con asumir el pasado como *instrumento de una acción política*, o para obrar en el presente. (Chiaramonte, 2013;22). El espacio historicista más importante que aglutina una visión opositora es sin dudas la *Academia Nacional de la Historia*, de la cual durante todo el ciclo peronista (1943-1955) será presidente de la tradicional casa Ricardo Levene, quien ejercerá el cargo durante 25 años, desde 1934 hasta 1959. (Galasso, 2006;17).

Para Fiorucci, en *Hechos e Ideas* los intelectuales intentaron **inventar una tradición** y una historia para el movimiento, junto con “*definir un programa político, cultural, económico, que se adecuara a sus visiones previas*” (...) “*Un proyecto económico anti-imperialista liderado por la intervención del Estado en la economía, un proyecto cultural hispanista y católico, y una democracia que avanzara en el plano social*”. (Fiorucci,2012;112). Para estos intelectuales había un *punto de partida*: la identificación de Perón como restaurador del proyecto trunco de la gesta de Yrigoyen.

Por el contrario, en la otra vereda, la prestigiosa *Revista Sur* se incluyó siempre dentro de la oposición al régimen. Según Terán (2004;240), desde su comienzo el grupo transmitió un mensaje elitista y cosmopolita. En palabras de Neiburg son el “lado democrático” de esa oposición, y durante al década peronista no publicará notas referidas de manera directa a la realidad política del país, “sólo algunas declaraciones generales de fe democrática” o de repudio al fascismo derrotado en Europa.

“Su mayor acto opositor sucedió en 1952 y consistió en no respetar la disposición gubernamental que con motivo de la muerte de Eva Perón, obligaba a seguir el duelo oficial. Sur fue publicada sólo con una delgada banda negra y sin ningún tipo de nota necrológica” (Neiburg,1998;74).

Queda claro que en los patrones culturales del grupo no existía ningún tipo de aprecio por el fenómenos peronista, ni en Victoria Ocampo, ni en Borges, ni en ninguno de los escritores e intelectuales que se congregaban en *Sur*. Ocampo será incluso encarcelada durante 15 días, y Borges tendrá una constante prédica anti-peronista en sus declaraciones cuando es entrevistado sobre política, a pesar de su reticencia en inmiscuirse en eso aspectos de la realidad argentina.

El caso de Borges sin dudas es fundamental, por la trascendencia que tendrá como intelectual a nivel internacional. El gran escritor ya desde inicios del GOU visualiza al gobierno como una “amenaza fascista”, y al que llega a catalogar en el número 237 de la *Revista Sur*, como de “ilusión cómica”. En uno de los trabajos recientes más importantes sobre la mirada política de Borges, Norberto Galasso (2012) nos detalla como por intermedio de metáforas y conceptualizaciones cargadas de sentido histórico Borges comienza a categorizar al gobierno como la “barbarie”, profundizando su prosa fantástica como via de escape de una realidad política y cultural que la miraba como adversa.